

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van  
Der Meersch Libro Segundo Tercera  
Parte Cap Tulos 4 Al 7**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Richard Edwards (Evanston)** - - - - - CAPÍTULO Cuarto. Al regresar a su casa, Fabienne se encontró mal, vomitó y tuvo que acostarse. Hizo decir a su padre que estaba enferma. Doutreval subió a verla y al comprobar que sólo tenía temperatura bajó preocupado. Desde hacía algún tiempo, Fabienne no era la misma de antes. Tendría que vigilarla. Al día siguiente, hacia mediodía, a pesar de sentirse muy cansada, febril y dolerle la cabeza, Fabienne quiso levantarse. Tenía que evitar a toda costa que su padre sospechase algo. Doutreval estaba en el comedor. Fabienne le dio un beso y rehuendo su mirada se sentó en la mesa frente a él. Doutreval, preocupado, hablaba poco. Tenía al lado de su cubierto un montón de cartas que iba leyendo con visible mal humor. Fabienne se aprovechó de ello para picotear una hoja de ensalada, comer un bocado de tortilla y entregar a la doncella su plato casi intacto. Sólo al llegar al postre salió Doutreval de sus vacilaciones. Había leche cuajada con estragón, uno de los platos favoritos de Fabienne. Doutreval, le sirvió una buena porción. Fabienne, a pesar de todos sus esfuerzos, apenas si la probó. —¿Qué? —exclamó Doutreval al ver el plato lleno—. ¿Aún sigues mala? —Sí. No me encuentro del todo bien. . . Un poco de paciencia.. —Estás paliducha, tus mejillas no tienen color y tienes los ojos hundidos. No volverás a la clínica Epidauria, Fabienne. Basta. Te estás agotando y eso no puede ser. Uno de estos días iremos a ver a uno de mis colegas. Seguramente tendrás que someterte a un tratamiento glandular. —No, no —exclamó Fabienne—. Me siento cansada, y eso es todo. —¿Qué terca eres! A partir de hoy no te moverás de casa. Así podrás cuidarte con tranquilidad. ¿Crees que te encontrarás repuesta a fin de semana? —¡Oh, claro! —Veamos. Estamos a miércoles. ¿Podrías el sábado, o quizá mejor el lunes, acompañarme a París? —¿A París? —Sí. —Pues claro. —Está bien. En este caso telefonaré en seguida a Guerran. Será para el lunes próximo. Fabienne palideció intensamente. —Le he pedido una entrevista —prosiguió Doutreval, sin darse cuenta de la emoción de su hija—. Quisiera hablarle de mi Centro. Y diciendo esto puso la mano sobre el montón de cartas. —Muchas dificultades. Quisiera que interviniera, que hiciera sentir su influencia en el Ministerio de Sanidad. . . Y me gustaría que me acompañases. . . Si puedes, claro está, si estás en condiciones para hacer el viaje. Tienes una gran influencia sobre él y te aprecia mucho. Cada vez que nos vemos me habla de «su enfermera». Tu presencia será una ayuda para mí. Sirvióse un poco de queso y continuó: —Iremos al ministerio y luego almorzaremos con Guerran en el restaurante Prunier. Por la tarde, si todo ha ido bien, daremos un paseo por la ciudad y te ofreceré un hermoso recuerdo, lo que más te guste. . . ¿Qué te parece? —Encantada —murmuró Fabienne. Se enjugó la frente con la servilleta, con un gesto maquinal que no pasó inadvertido a Doutreval. —¿No te encuentras bien? ¡Estás muy pálida! Dime, Fabienne, ¿te sientes mal? —Sí, un poco. Doutreval se levantó preocupado. —Échate en el diván. —No vale la pena. . . Ya me encuentro mejor. Fabienne apartó el plato, dio un suspiro y esbozó una sonrisa. —Acaba de tomar la leche, papá. . . Doutreval volvió a sentarse sin dejar de mirar a su hija. —Uno de estos días iremos a ver a Huot —dijo—. En cuanto regresemos de París. No volverás por ahora a la clínica. Ya me arreglaré para tener libres los días de Pascua y nos iremos a Aix a descansar. Sólo deseo que todo se resuelva bien. . . Echó una ojeada a su correspondencia y suspiró. Hubo un prolongado silencio. —Padre —dijo Fabienne. Doutreval, absorto, ni siquiera la oyó. —Padre. . . Doutreval levantó la cabeza. —¿Qué hay, pequeña? —¿Tienes mucho interés en que. . .? —Continúa. —¿En que vaya contigo a París? Doutreval sacó un cigarrillo de su pitillera. —¡Oh, sí! —dijo encendiendo el mechero. ¿Por qué? ¿No quieres? ¿Te encuentras demasiado cansada? —Sí. —En este caso, esperaremos algunos días. A fin de cuentas, puedo ir solo. . . Entretanto, puedes cuidarte tranquilamente aquí. Y por la Pascua nos iremos a Aix. Fabienne dio un

suspiro. Doutreval soltó una bocanada de humo. Su pensamiento estaba muy lejos. Fabienne penosamente, prosiguió: —Padre, si no lo tomaras a mal... —¿Qué? —Preferiría... Preferiría ir sola... —¿A Aix? —No quiero ir a Aix... — Podemos ir a otra parte... A Arcachon, a Jean-les-Pins... —Quisiera marcharme sola... Doutreval dejó el cigarrillo en el cenicero y miró a su hija: —¿Qué te pasa? —Nada... nada... —¿Adónde quieres ir? —Aún no lo sé... —¿Y no quieres que te acompañe? —Preferiría... Me gustaría más la soledad... —¡Por lo menos eres sincera! —Te aseguro, padre —dijo Fabienne, casi con un sollozo—, que necesito estar sola... la soledad me hará mucho bien. — Lo que necesitas es una buena auscultación, algún extracto glandular. Mañana por la mañana sin falta iremos a ver a Huot. —Deja al menos que me vaya por algún tiempo. Viajar, alejarme por un tiempo de aquí. Doutreval la miró fija y duramente. Fabienne bajó la cabeza. Sus ojos se humedecieron. Doutreval se levantó, y acercándose a su hija, le puso la mano sobre los hombros. —¡Fabienne! ¡Mírame! Ella permaneció sentada con la cabeza baja y llorando. Doutreval la cogió del brazo y la hizo levantarse. —¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué me ocultas? —¡Nada! Nada, papá —dijo Fabienne—. Por favor, no me mires así... —¿Por qué lloras? ¿A qué vienen esos cambios de humor, esos sueños de fuga? ¿Por qué no quieres ir conmigo a París, ni a Aix? ¿Contesta! Fabienne no dijo nada. —¿Tienes algo en la cabeza? ¿Un capricho? ¿Un amorcillo? ¿Unflirt? ¿Aquí? ¿En París? Fabienne guardó silencio. —¿Adónde querías irte? —A cualquier parte... —¿Sola? —Te juro que... —¿Por qué sola? —No lo sé. Doutreval oprimió el brazo de su hija. —¡Vas a contestarme! ¡ Soy tu padre! ¿A quién has visto estos últimos tiempos? —A nadie... — Regnoul se ha marchado... ¿Se trata de él? ¿Es a Regnoul a quien echas de menos? ¿Con quién frecuentabas en París? ¿A quién cuidaste? ¿A quién telefoneaste durante los últimos meses? Veamos. Por de pronto, a tu amiga del colegio. Y también a Ludovic. Un par de veces a Guerran... —No me pasa nada —gritó Fabienne. —Sí, hay algo, y vas a decírmelo todo. No quieres franquearte conmigo. Tienes una aventurilla, ¿verdad? ¿Sí, o no? Sí, será eso. ¡Contesta! Fabienne asintió con la cabeza. —¡Por fin! —exclamó Doutreval—. Lo sabía, sí, lo sabía. ¿Y por qué no me hablaste de ello antes? ¿No podías prometerme tranquilamente como todo el mundo? ¿Hacer un matrimonio normal? ¿Qué te hace falta...? ¿Hay algún obstáculo? ¿El dinero? ¿La situación? ¿Una enfermedad? En primer lugar, ¿de quién se trata? ¿No es Regnoul? Entonces, ¿Quién es? ¿Por qué no quieres decirlo? ¿Acaso no quiere casarse contigo, o eres tú quien no quiere? Veamos, ¿quién es? ¿Vas a contestarme? Porque supongo que no se trata de un hombre casado. Fabienne, sentada, seguía llorando con la cabeza entre las manos. No decía nada. Su silencio asustó a su padre. Y prosiguió con voz helada: —¡Fabienne! ¿Se trata de un hombre casado? Ella no contestó. Doutreval comprendió que había acertado. Permaneció un instante silencioso, como anonadado. Y dijo en voz baja. —Vamos, dílo... Puedes decirlo. ¿Quién es? Fabienne musitó: —Olivier Guerran... Doutreval estaba preparado para todo, pero no para ese golpe terrible. Y balbució: —Guerran... Guerran... Guerran... ¡Dios! Eres una... Era demasiado atroz, demasiado terrible. Confiaba todavía en recobrarle. Sin duda sólo se trataba de un capricho de jovencita. — ¿Hace tiempo que... comenzaste a pensar en él? —Sí —murmuró Fabienne. —¿Dos meses? ¿Tres? ¿Más? —Más. —¿Cuánto tiempo? —Un año y medio... Doutreval se sobresaltó. —¡Un año y medio! Entonces, ¿la cosa es grave? Fabienne calló. —¿Hasta dónde habéis llegado? —Hasta dónde? —balbució Fabienne. —¡Sí! ¿Lejos? —Lejos. — ¿Muy lejos? ¡Dios mío! ¡Es terrible tener que adivinar! ¡Formular tales preguntas a una hija! ¡Contesta! Ya sabes lo que quiero decir... ¿Habéis llegado a...? Fabienne, con la cabeza sepultada entre las manos, asintió. —¡Desgraciada! —dijo como en un murmullo—. ¡Desgraciada! Ni cuando murió Mariette su sufrimiento había sido tan intenso. Sólo el pensar que un hombre había poseído a su hija, que se trataba ya de una cosa irremediable, que nada podía hacerse para lavar aquella mancha, le torturaba como un hierro candente. Apretaba los puños hasta clavarse las uñas en la carne. En aquel momento, comprendía lo que era la venganza. Contemplaba a Fabienne, tendida en el diván, agitándose su cuerpo con los sollozos, y la odiaba. Si en aquel momento muriera, no derramaría una sola lágrima. Pegarla, golpearla, hubiera sido para él un consuelo físico. Sin embargo, se contuvo, dio algunos pasos y recobró el dominio de sí mismo. —Vamos, terminemos —dijo—. Has sido su amante. ¡Su amante! ¡La hija de Doutreval! ¿Y ahora, qué? ¿Qué piensas hacer? ¿Qué pensáis hacer, los dos? Fabienne se encogió de hombros con un gesto de infinito cansancio. —¡no, eso no! —gritó Doutreval—. ¡NO se trata de hacer la Magdalena y lloriquear! hay que hacer algo. ¿Cuáles son tus intenciones? ¿Y la tuyas? ¿Va a divorciarse y casarse contigo? —el quería... —murmuró ella. —Divorciarse? —Sí. —Entonces... —Yo no he querido... —¿Qué tú no has querido? ¿Por qué? ¿Con qué soñabas, pues? ¡Habla! —He roto con él. —¿Has roto con él? —Sí. —Entonces... ¿es que todo ha terminado? — Sí, todo ha terminado. Estas palabras le desarmaron. Sentíase desamparado. Todo ello escapaba a su comprensión. Y aventuró otra pregunta: —Entonces, ¿qué te proponías hacer? —Nada. —¡Como, nada! Esto no es ninguna respuesta. ¿Por qué has roto con él? ¿Por qué te has negado a ese divorcio? ¿Por qué no me hablaste de ello? ¿Por qué querías estar sola, irte sin mí? Dí, contesta. —Por nada... —¿Adónde querías irte, sola? ¿Se trataba, de verdad, de irte sola? No, no te encojas de hombros. Bastantes cosas me has ocultado ya... ¡Exijo una respuesta! —No lo

sé... —¿Exijo una respuesta! —Necesitaba... Tenía necesidad de estar sola. —¿Por qué? ¡Ven aquí! Doutreval la agarró por la muñeca y la obligó a levantarse. —¡Mírame! ¡Mírame, te digo! La condujo hacia la ventana y poniéndola la mano en la barbilla la levantó bruscamente la cabeza... —¿Tienes miedo? ¿Tienes miedo de mirarme? ¿Estás muy pálida! Ese malestar, esos mareos... anoche tuviste vómito... ¡Fabienne, no me ocultes nada! Ella pugnaba por desasirse de las manos de su padre. Doutreval le sujetaba fuertemente la muñeca hasta hacerle daño. —Mírame a los ojos. Esa faz amarillenta... Esos ojos... ¡Lo he adivinado! Es eso, ¡verdad! ¿Es eso? Fabienne trató de taparse el rostro con la mano que tenía libre. —¡Ah! —exclamó Doutreval. La apartó de su lado con brusquedad. Fabienne fue a dar contra el diván y se incorporó penosamente. Era digna de compasión, pero Doutreval era despiadado y se daba cuenta de que no podía contenerse, de que estaba a punto de precipitarse sobre ella y darle de golpes. Levantó el puño. —¡Granuja! ¡Eso es lo que eres, una granuja! ¡Vete! No quiero verte en esta casa. Te irás a casa de los Droux. Allí esperarás. No me escribas ni te muevas. ¡Esperarás! Márchate en seguida. Vamos, pronto, levántate. ¡Vete! Fabienne se levantó y pasó lentamente por delante de su padre, llevándose las manos a la cabeza como si quisiera recomponer las negras y largas trenzas de sus cabellos sueltos. Encaminóse hacia la puerta. Doutreval la miró partir y en aquel momento la odiaba como jamás odiara a nadie. Hubiera dado cualquier cosa por pegarle. En su habitación, solo, libre, Jean Doutreval daba rienda suelta a su furor. Jamás se había sentido herido de tal modo en su orgullo. La idea de que Guerran había abusado de su hija, que después de haberla conocido, había poseído, desflorado, mancillado en su carne a Fabienne, a su hija, desataba los nervios de Doutreval. Fabienne había aceptado aquello. Lo había consentido. Estaba encinta. No había nada que hacer. Era una cosa irremediable. Hiciera lo que se hiciera, tendría un hijo de Guerran. Si en aquel momento le hubieran dicho a —Doutreval: «Tu hija ha muerto» apenas se hubiera sentido afectado. «¡Amor paterno! —pensaba—. ¡Cariño de padre! ¡Qué piedad, qué embuste, ese fervor, esa adoración que sentimos por esos tristes seres de carne y hueso, frágiles, falibles, egoístas, mezquinos y cobardes como todos los demás! Si solamente ayer Fabienne hubiera muerto, yo la habría seguido a la tumba. Y he aquí lo que ha sido de ella. Si hubiese sido hija de otro y se hubiera perdido, yo diría: «No se ha perdido gran cosa...» sólo porque se trata de los nuestros tenemos esa impresión de pérdida irreparable. ¡Qué ciegos e imbéciles somos! ¡Estúpidos adoradores de ídolos despreciables!». ¿Y Guerran? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Qué pensaba? ¿Cómo acabaría aquello para él? ¿Cuáles eran sus intenciones? Sin duda, nada. ¡Nada! Uno seduce a una muchacha pura, la deshonra, arruina su vida, destroza el corazón de su padre, y no pasa nada... Un proceso... Doutreval rió con amarga sonrisa... ¡Un proceso! Penoso, interminable, respetuoso con las fórmulas establecidas, para aplacar este odio feroz, esas ansias de venganza. Doutreval se sintió arrebatado por el súbito e irresistible deseo de encontrarse frente a frente con Guerran. Salió de la habitación, cambió de opinión, volvió a entrar y, dirigiéndose a la mesita de noche, cogió del cajón el pequeño revólver automático con culata de nácar que llevaba consigo durante la guerra del 14. No abrigaba ninguna intención de servirse de él. De todos modos ¡qué irrisoria satisfacción una bala de revólver cuando uno quisiera sentir entre sus manos la ausencia de la vida al oprimir con fuerza una garganta! Sin embargo, se daba cuenta, sin confesárselo, que su disputa podía tener consecuencias imprevisibles, hasta límites insospechados. En caso de llegar a las manos, su rodilla lastimada dificultaría enormemente sus movimientos. Cargó el revólver, descorrió el cerrojo de seguridad y metió el arma en el bolsillo del pantalón. Determinóse, pues, a guardarla en la chaqueta. ¡Qué cosas tan singulares se piensan en tales momentos! Se encontró frente a la puerta de Guerran. Había caminado como un autómata, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Al entrar en el gabinete del abogado, un secretario se cruzó en su camino: —¿El señor Guerran...? —dijo Doutreval con voz quebrada. Sentía una gran opresión en el pecho. —El señor Guerran acaba de salir para París, señor Doutreval —dijo el secretario Legourdan—. Tengo entendido que espera allí, dentro de algunos días, la visita de usted... ¿Quiere que le avise...? —Sí... No... Ya veré... Usted perdone. Muchas gracias. Salió. Al atravesar las calles de Angers se acordó de que Jeanne Chavot, en tiempos que era su amiga, había hecho dos o tres veces veladas alusiones a Guerran y Fabienne... ¡Algo sin duda había de saber! La vergüenza y el furor cegaban a Doutreval. Al entrar en su casa, encontró a Léonie, la criada, en el vestíbulo. —¿Se encuentra mal el señor? —¿Dónde está la señorita? —La señorita acaba de salir para Aix. Me ha encargado decirle que le esperaba allí. —¡Ah! Sí... Sí... Hágame la maleta esta noche. Léonie. Me voy a París mañana por la mañana. Encárguese de la ropa interior. Me duele la cabeza. Me voy a acostar. No me llame para nada. Subió a su cuarto y se acostó. Durante horas y horas, su cerebro se sumió en los más desatinados pensamientos, hasta el punto de que le pareció alcanzar los límites de la locura. A la una de la madrugada, aturdido por la fatiga nerviosa, Doutreval bajó a su laboratorio en busca de gardenal. Engulló treinta centigramos. Pensó en Géraudin. Despertóse tarde. Tenía náuseas y le dolía el estómago. Se levantó. Le entró un mareo y volvió a acostarse. Llamó a Léonie. —¿No sale el señor? —No. Estoy enfermo. Diga a Lherbier que suba. A las diez llegó Lherbier, el nuevo ayudante de Doutreval. Traía el correo y noticias de orden profesional. Doutreval lo recibió en la

cama y lo despidió en seguida. Poco inteligente y demasiado zalamero, Regnault también lo era, pero más sutil, más fino... Sabía disimularlo. ¿Por qué se había marchado Regnault? ¿No estaba también él enterado? ¿Y no lo estaban muchos otros? Doutreval sintióse la frente bañada en sudor. Un sentimiento de vergüenza y de furor le oprimía el corazón. Nada nuevo traía el correo. Un artículo sobre la convulsoterapia firmado por un amigo. Un artículo de camaradería, casi halagador. Otro, en una revista de no mucha circulación y que le había costado mil francos a Doutreval. Y cartas, gente que solicitaba explicaciones, alusiones al turbio asunto de Marruecos. Doutreval se sumió de nuevo en sus preocupaciones y consideró la amenaza que se cernía sobre su obra. Pensó en el Centro, en la gestión iniciada y que ahora resultaba imposible... No había pensado aún en ello. Nuevamente un sudor frío bañó su frente. Fue sin duda en tal momento cuando más odió a Fabienne. Echóse de nuevo en la cama. Las cartas y las revistas que resbalaron sobre la colcha yacían ahora en el suelo. Estirado, inmóvil, el rostro ceroso, Doutreval permanecía tranquilo. Pero su cerebro ardía tumultuosamente. —¡Que se vaya! ¡Que desaparezca de mi vista! — rugió en él el demonio del odio—. Tanto peor para ella. ¡Ha arruinado mi vida! ¡Ha comprometido mi obra! ¡Todo ha terminado! Sí, será como si no hubiera tenido ninguna hija. Una obra reclama víctimas. Pues ella lo será. La crueldad, el salvajismo de este sacrificio le parecían a Doutreval aureolados por la grandeza de un renunciamiento de la antigüedad. —¡Que se abra camino por sí misma! no le faltará dinero, un techo donde cobijarse, gente amiga como los Droux...! no estará sola... No tendrá de qué quejarse. ¡Ella lo ha querido! El se quedaría solo y seguiría luchando. Todavía era tiempo de dar fin a su obra. Había que evitar el escándalo. Que el hecho no trascendiera... Todo podía repararse... Echado en la cama, inmóvil pasó largo rato en ese febril estado de ánimo. Hacia las once, Léonie se marchó a la compra. Doutreval bajó, encorvado, apoyándose en el bastón. Le dolía el epigastrio y la cabeza le daba vueltas. La casa, vacía era sombría, polvorienta y llena de ecos. En aquel instante se dio cuenta de lo triste y descuidada que era la casa desde que murió Mariette. Al entrar Léonie se avergonzó de deambular de aquel modo, como un anciano, en medio de aquella soledad y subió a acostarse de nuevo. —¿Almorzará el señor? — preguntó Léonie. —No. Hágame una taza de tila. Fiebre, fatiga, un ansia absurda y obsesionante de trabajar, de escribir cartas, de replicar a las críticas y al mismo tiempo un agotamiento nervioso que le nublabla la vista. Apenas probó la tila. Los mismos pensamientos atormentaban su cerebro: el Centro, Marruecos, Fabienne, Guerran, los artículos de Prensa, Marruecos... A mediodía, sin conseguir fijar sus ideas, volvió a ingerir gardenal, lo que le proporcionó unas horas de sueño atroz. Cada cinco minutos, hasta el momento de sumirse en la inconsciencia, una fuerte conmoción en la cabeza le despertaba, una palabra, un recuerdo agudo como un grito: —¡Fabienne! Despertóse a las tres de la tarde, extenuado, con mal sabor en la boca. Vomitó bilis. Era el día de permiso de Léonie. Ella no quería dejarlo solo, pero él le dijo en tono agrio que le preparara una infusión de tila y le ordenó que se marchara. Se fue después de haber recibido el correo de manos de Lherbier. Nuevos motivos de preocupación. Y sin noticias de Fabienne. «Que se las arregle como pueda —pensó Doutreval—. ¡Que no espere ni una palabra de mí!» Sentíase cada vez más furioso. ¿Cómo luchar, ahora que ella le había puesto en entredicho? ¿Ir al Ministerio? ¡Vaya papel, el suyo! Había tenido un ataque de hígado. Ello le obligaría a esperar ocho días. ¿Y con quién iría al Ministerio? ¿De quién se valdría? Guerran. «Y pensar —se decía Doutreval enfurecido— que si todo hubiese ocurrido ocho días más tarde, yo nada hubiera sabido. ¡Todo hubiese podido arreglarse!» ¿Está Guerran enterado de ello? No. Fabienne en Aix y él en París. ¡Y me espera...! Pensaba en Guerran con menos violencia que en la víspera y la antevíspera. Se acordó del revólver cargado, de las singulares precauciones que tomara, del arma colocada en el bolsillo de la americana, al alcance de su mano. Todo ello le pareció lejano, brumoso como una embriaguez. Aquella tarde la cólera había obrado sobre él como los vapores del alcohol. ¿Cuál era la opinión de Guerran? Estaba enterado del estado de Fabienne. Su propia hija se lo había dicho. Y había añadido que, tras una explicación que tuvieron, él había prometido divorciarse. «¡Fabienne tiene derecho a ello! ¡Yo, yo podría exigirselo!» ¿Era ésta la salida, la salvación posible? Pensó en ello largo rato, pero luego abandonó la idea. Evidentemente acarrearía un escándalo. Todo el mundo sabía la protección que Guerran dispensaba a Doutreval y dirían: «¡Doutreval ha vendido a su hija!». En la cama, mudaba continuamente la postura. «¡Es una cualquiera!» Sin embargo, un escándalo se va amortiguando hasta que llega a olvidarse. Todo pasa... Y eso salvaría la situación. «Ella no quiere ese divorcio, lo ha rechazado. Pero Fabienne nada tiene que decir sobre esta cuestión. »Sí, pero ¿y yo? — pensaba Doutreval—. ¿Cuál ha de ser mi actitud? ¿Cuál mi papel? ¿Cuál mi situación? ¡Yo no puedo aceptar eso! »¿Qué es lo que ella quiere? Evidentemente abrigaba el propósito de no confesarme nada. Guardar silencio. ¿Y luego, qué? ¿Desembarazarse de la criatura? ¿Enviarla a una nodriza? O bien... ¿O quizá provocar un aborto? ¡Fabienne! ¡No, ella no podía hacer eso...! para mí continúa siendo «una chiquilla con la cabeza bien sentada». ¡Qué idiota soy! Ella ha debido maquinarlo todo. Y yo no me hubiera enterado de nada, de nada. Parece mentira que... que el hombre todavía feliz que yo era hace dos días pueda continuar existiendo». Acordóse de que poco bastó para

que todo lo ignorase. Un viaje, una ausencia, una convicción enfocada sobre otros temas y todo hubiera cambiado. Fabienne se escapaba de su lado, se hubiera alejado de él con cualquier pretexto. Aunque trataba de desechar esta idea, no por ello dejaba de lamentar haber sido tan incisivo, tan lúcido, haberse dado cuenta de la angustia de su hija, haber adivinado tan rápidamente... ¡Qué sencillo hubiese sido todo de haberse mostrado un poco más ciego! Se levantó para ir a vomitar bilis. ¡Ese gardenal...! se tomó el pulso. Tenía temperatura: 39 grados por lo menos. Sin embargo, si nada hubiera sabido, todo estaba salvado. No pensaba en nada, iba a visitar a Guerran, las cosas estaban en camino de arreglarse... Se puso el batín y trató de escribir una carta, releer un artículo. ¡Imposible! La cabeza le daba vueltas. Sintióse presa de angustia y se imaginó enfermo, sin poder moverse de la cama, inactivo en medio de aquel hundimiento. Y de nuevo apoderóse de él la idea cobarde de lo que hubiera podido ocurrir de no haber sido tan clarividente, de no descubrir el mal con tanta rapidez... Pensó en burdas artimañas, en una carta con fecha retrasada, en algo que impeliera a Guerran a actuar sin que él tuviera que volver a verle. Luego, otra idea acudió a su mente. «Escribir a Guerran...» Guerran no sabía nada. A sus ojos, Doutreval era ignorante de todo. ¿Por qué no fingir esa ignorancia? Guerran esperaba su visita, puesto que había dicho a su secretario: —«Veré a Doutreval en París». ¿Ir a París? No, imposible. Pero escribir, emprender una gestión... Hacerse el ignorante... ¿Y después? ¿Después? Nada. La mente febril de Doutreval pensaba con una prodigiosa rapidez. En cuanto a Fabienne, ella haría lo que mejor le pareciera. Él no le hablaría ya más sobre el particular. ¡Ah, qué alivio! Había evidentemente ese hijo, esa pesada carga, esa tara vergonzosa para ella... Pero quizá esa criatura no viniera al mundo... Ella ha debido pensar en ello... En el fondo, esa debía ser su idea... Era posible y hasta fácil depararle una ocasión. Hacerle conocer, indirectamente, como si se tratara de un encuentro casual, un médico complaciente... Fabienne no sabría jamás que aquello sería obra de su padre. Ni uno ni otra tendrían motivos para sonrojarse. Por otra parte, ella seguiría estando en París y él aquí... ¡Qué fácil era todo! Se verían muy raras veces, y ambos guardarían silencio. Y el Centro se salvaría, la obra se realizaría... —¡Ah! —exclamó Doutreval en voz alta— ¡Y vosotros que pensabais tenerme bien sujeto! Bebió la infusión de tila ya fría, sintió náuseas, la vomitó y luego se encontró mejor, menos febril. Se enrolló al cuello una gruesa bufanda y bajó. En la casa desierta reinaba un silencio absoluto. No había nadie. Salió al jardín sumido aún en la desolación invernal. La acacia, antaño esmeradamente podada, apuntaba hacia el cielo nuboso largas y espinosas ramas. Las verdes laminilla de los primeros iris emergían de la tierra pisoteada donde iban pudriéndose las hojas muertas. ¡Qué limpio era antes todo aquello! Desde que Mariette murió, Léonie vaciaba a lo largo de la pared las mondaduras y los residuos. Él no disponía de tiempo para pensar en todo aquello. Su obra... Sentóse en el banco, junto a la ventana del laboratorio. Sentía frío. Permanecer allí le proporcionaba un gran bienestar. Del interior de la casa llegó a sus oídos el timbre del teléfono. No se movió. Estaba demasiado cansado. Harto se adivinaría su laxitud. En la vida, jamás debe uno dar la impresión de vencido. Levantóse y dio algunos pasos. Se sentía viejo. Cojeaba más que antes. ¡Qué grande y vacía era la casa! notó que los visillos de las ventanas del segundo piso estaban deslucidos y deshilachados. Era, en suma, la casa de un hombre viejo y solitario. Fue a orinar junto al gallinero. Observó que su orina era muy encarnada. Y pensó al mismo tiempo que la soledad animaliza al hombre. Al vivir solo, uno adquiere costumbres de sucio egoísmo. Volvió a sentarse y escupió bilis. Oyó un rumor junto a la pared. Se volvió. Bajo las plantas todavía desnudas, rozando apenas las hojas muertas de las verdes vides, se acercaba un animal. Doutreval reconoció a Titi, el gallo de Mariette. El ave era ya vieja y sus rivales la zarandeaban de lo lindo, hasta el punto de que Léonie la sacó del gallinero dejándola corretear por el jardín. La bestia llevaba allí una vida apartada y melancólica. Titi se acercó a Jean Doutreval, le miró con sus redondos ojos, semejantes a brillantes botones de cristal engastados en la roja carne, y cloqueó. Con un vuelo, con un salto aún ligero, se posó en las rodillas de Doutreval. Quedaban aún en el bolsillo del batín las migajas de un bizcocho. Doutreval las ofreció al animal, lo acarició y tuvo la impresión de estar menos solo. Se acordó de Mariette, de aquel tiempo en que ella lo animaba todo, en que los perros perseguían a los gatos ladrando furiosamente, en que los conejos, las gallinas y los palomos hacían un revuelo de mil demonios precipitándose en tropel a los pies de su ama, en que Titi, al verla llegar, se colocaba en lo alto del gallinero para darle la bienvenida con sus cantos triunfales. Se acordó de que en aquellos días había más luz en la casa y en el jardín. Entonces se dio cuenta, en todo su alcance, de la alegría, el bullicio, la vida que con tanta rapidez había desaparecido de la casa. Sintióse solo y agostado como un árbol muerto. Se dio cuenta de su pavorosa soledad de hombre viejo, reducido a alimentar a un desgraciado gallo y a emocionarse con el afecto que le demostraba un animal... Advirtió toda la amplitud de su miseria. Suavemente, prodigándole una última caricia, dejó a Titi en el suelo, sepultó la cabeza entre sus manos y lloró. Hubiérase dicho que esos ojos se abrían y que de pronto lo veía todo con más claridad. La culpa era suya y sólo a él debía achacarse. Aquella soledad era obra suya. Por culpa de su orgullo había perdido a Michel. Luego a Mariette. Y ahora a Fabienne... Se dio cuenta del abismo al que iba a precipitarse. Y se negaba a creer que hubiese podido consentir en

ello. Percatóse claramente de lo que iba a hacer: inmolar su último hijo a su orgullo, sacrificar la última posibilidad de dicha que le quedaba en su intento de salvar una obra que, ahora lo veía claramente, no era más que un embuste. Arrancó brutalmente el velo que nublaba su facultad de pensar, aventó de su mente toda la bruma acumulada por su soberbia y se confesó a sí mismo que lo que a fin de cuentas se proponía era hacer abortar a su hija, recabar para el Centro la ayuda del amante de Fabienne y apartar de su lado a su hija, perderla, sacrificarla. Esa odiosa y cruda verdad le horrorizó. No, eso no era posible, él no llegaría hasta ese extremo. Y de pronto, como un alud irresistible, invadió su ser un hondo sentimiento de cariño hacia Fabienne... La recordó frente a él, cansada, agobiada, enfermiza, cogiéndose con las manos sus trenzas desatadas... Se la imaginó en Aix, sola y desesperada, presa de angustia y encinta... Sentía una extraña opresión en la garganta, y de repente apoderose de él un inmenso sentimiento de compasión, un loco deseo de estar al lado de su hija, de besarla, pedirle perdón, consolarla... Sí, Doutreval no iría más lejos, había llegado al límite. La pasión egoísta no le haría avanzar un solo paso. «¡Nada existe! —le decía a gritos la razón—. Nada existe, tú no crees en nada, sólo tú existes, únicamente tú. En este mundo sólo cuenta tu poderosa voluntad de satisfacer tus deseos. Ésta es tu única preocupación. Sabes demasiado bien que fuera de ti y después de ti no hay más que la nada». Pero aunque su amor propio y su terquedad nihilista se desgañaran, Doutreval era incapaz de ir más lejos. Algo en él se negaba a salir adelante. Capitulaba, cedía a la ternura humana, a la necesidad de amar, a la piedad, a un instinto más poderoso que él, que dominaba su razón. No, no podía resignarse a este último y salvaje sacrificio de su hija. Sería la bancarrota de su vida, de todos sus principios, de todas sus afirmaciones... La destrucción de toda su obra y el derrumbamiento de todos los holocaustos hasta entonces consentidos. ¡Qué más da! Había llegado el momento en que el orgullo, el yo, reclamaban de él, después de todo lo ocurrido, el sacrificio de su último hijo. Y eso era mucho, demasiado. Doutreval se negaba a ello. ¿Para eso se han querido apagar en el cielo los luceros de la esperanza, haber desposeído al Crucifijo de su realeza y de su corona...? en este mundo sin guía y sin fe, hoy día, en el lugar de la divinidad expulsada se ha instalado y reina el Yo, una nueva divinidad, cruel y tiránica, monstruosa hasta lo indecible. Ya no hay Dios —dice el hombre—. Ahora existe el Yo, el egoísmo. Y he aquí que el Yo se exora con todos los antiguos atributos de Dios, y se muestra infinitamente más feroz que el más bárbaro de los dioses. Doutreval pensó en la frase de Nietzsche: «Me he disfrazado de Dios. ¡Es más cómodo!» ¡Eso es! Y ese Yo disfrazado de Dios, revestido con la túnica sin costura y los andrajos del Dios de quien se ha renegado, proclama sus exigencias, ordena, tiraniza y martiriza como jamás lo hizo ningún Dios. Sólo existe el Yo. Así que todo debe sacrificarse a él. Humanidad, patria, amistades, familia, hijos, piedad, amor; no hay sacrificio que no te pida un día el nuevo amo. Hasta el momento en que te sentirás incapaz de ir más lejos, de dar satisfacción al monstruoso culto, de someterte a sus despiadadas exigencias, de destrozarte tu corazón en nombre del egoísmo, y entonces te dirás: «¡Pides demasiado para mí!». Doutreval no había comprendido ese grito de su hijo en el momento de su ruptura: «Me pides demasiado...» ahora, roído por los remordimientos y la desesperación, lo comprendía. Había abrumado a Michel con su desdén. Le había apostrofaado tratándole de débil y cobarde. Él se había creído un superhombre. Había sacrificado a Michel, a Mariette... Había alcanzado el límite de ese estoicismo cruel. Y ahora le pedía que sacrificara a Fabienne. Y él, fuerte, vacilaba y hacía marcha atrás. Percatábase de pronto de la salvaje inhumanidad del nuevo ídolo. Se daba cuenta de que sería incapaz de darle entera y total satisfacción, y, por primera vez en su vida, de esa cosa sorprendente y consoladora: de que muy pocos hombres han podido vivir en un ateísmo total, llegar hasta las extremas consecuencias del nihilismo... «¡Me piden demasiado!» A él, el hombre cruel y despiadado, le había llegado el turno de ceder, de sacrificarse por un sentimiento de ternura, de piedad... Nietzsche... El caballo de un coche de punto... El beso dado a la bestia dolorida y apaleada, en una calle de Turín, en vísperas de la locura... El gesto significaba sin duda lo mismo. Ahora lo comprendía Doutreval. Cuando Nietzsche se echó al cuello del animal martirizado debió de experimentar algo más que todo el mero horror ante el horrendo drama de la materia capaz de sufrimientos. Sí, otra cosa: un gesto de rebelión, una negativa... El mismo grito, en el fondo del alma del genio medio loco, que profiriera Michel, el mismo que el de Doutreval: «¡Me pides demasiado!». La misma negativa de llegar hasta el límite extremo de la crueldad lógica. El mismo gesto de un hombre que, como Doutreval, deificara el egoísmo, y que, horrorizado ante el abismo de inhumanidad que se ha abierto ante él, también él retrocede y se abandona a una piedad absurda, a lo incomprensible. Piedad que, en el último momento, ya en el umbral de la locura, le salva sin duda por toda la Eternidad. Un hombre encorvado, abrumado por un cansancio infinito, apoyándose en un bastón, arrastrando su pierna lastimada, caminaba lentamente, seguido de un viejo gallo de lacio plumaje, por las avenidas del triste y desnudo jardín y revivía intensamente su pasado. Desfilaban por su mente todos los sacrificios consentidos al ídolo, al único y monstruoso amor de sí mismo, y se daba cuenta de que toda su vida no había sido más que un fracaso lamentable. En el fondo, sólo había vivido para él. Sus hijos, sólo los había amado para sí. Sólo los había educado para asociarlos a su obra, verlos vivir y gravitar en torno suyo. Su felicidad quería



que dependiera de la de él. A Michel le había impuesto su condición nihilista del mundo: se propuso que fuera más fuerte que él mismo. Y cuando Michel claudicara imponiéndolo lo que él juzgaba una humillación, lo había apartado de su lado sin calcular lo que exigía de su hijo, sin pensar que él mismo, el padre, capitularía también un día ante lo inhumano de su filosofía. Su obra la había destinado a su hijo. ¿Deseo de salvar a los hombres? Oh, sí, claro. Más, sobre todo, afanes de gloria, ansias de satisfacer su ambición y su orgullo. El germen que alentara su obra era, en el fondo, impuro, y en consecuencia llevaba en sí el sello de la corrupción. Únicamente por orgullo, siempre había rehusado estudiar los trabajos de algunos de sus competidores, apartando a un lado a discípulos y ayudantes cuya inteligencia y espíritu de iniciativa podían arrebatarle parte de su fama, puesto trabas al desenvolvimiento de cuantos le rodeaban para mejor destacar sobre ellos. Sólo para satisfacer su orgullo había explotado a Regnault, con su estilo elegante en redactar, su arte en desarrollar un tema; a Groix, con el ardor que ponía en el trabajo, su imaginación, su facultad de inventiva. Groix y su cicatriz... El botellazo que recibió en la cara para salvar a Doutreval... ¿Y de quién fue la idea del curare, quién la puso en práctica? Groix. Sin embargo, en el último instante, Doutreval prescindió de él y firmó solo la comunicación a la Academia de Medicina. Un robo, en suma. El sentimiento de orgullo había hecho tabla rasa de la conciencia, el sentido moral y la humanidad. Hubo momentos en que, de una manera intuitiva, Doutreval se había dado cuenta de que andaba equivocado. Ante el espectáculo de las crisis sufridas por los convulsionados, ante aquellos miserables locos atacados de tétanos, cuyos miembros se les quebraban en sus espasmos, algunas veces, Doutreval, horrorizado, había vacilado, percatándose de que iba demasiado lejos y que el derecho de uno a efectuar experimentos sobre sus semejantes tiene sus límites. Sin embargo, siempre había hecho caso omiso de su conciencia. ¿Por qué? Porque lo que en el fondo ambicionaba era cosa distinta de la salvación de los hombres. Apetecía su única satisfacción, la apoteosis de su «yo». Acudió a su mente aquel film de actualidades, en el que trataba de curar a un loco entre un combate de boxeo y experimentado una impresión desagradable y asqueante. ¿Por qué? Porque, en el fondo, sin atreverse a confesárselo, se daba cuenta de que aquella farsa, aquella exhibición de un demente en plena convulsión de epilepsia artificial, constituía una sacrilega profanación de la miseria humana puesta al servicio del orgullo. Propaganda, artículos mendigados a amigos suyos, artículos pagados a pobres directores de revistas... Y una cobarde y secreta sensación de alivio cuando Groix, testigo demasiado lúcido, le dejó... ¡Demasiado lúcido! ¡Cuán acertadamente juzgaba su obra y la calificaba aquella noche en Ámsterdam, cuando el «patrón» vacilaba, respeto a la operación de Mariette, entre Heubel y Géraudin! Groix había visto claro en el alma del maestro. Y había «reabierto» a la muerta. Había visto la verdad. Lo sabía todo. Desde aquel trágico momento en que, en su semiinconsciencia, a la cabecera del lecho mortuario de Mariette, Doutreval oyera las palabras de Cassaing a Fleurioux: «La han vuelto a abrir y Groix me ha explicado que...»; desde aquel momento Doutreval se había sentido desazonado en presencia de su ayudante. «¿Por qué escogí a Géraudin? —pensaba Doutreval. Sabía, en el fondo, que no era el de antes, que habían sobrevenido en su clínica algunos accidentes... Pero necesitaba a Géraudin—. Me engañé a mí mismo, quise tranquilizarme, cegarme. Y sacrifiqué a Mariette. »Y la he sacrificado una vez más al cabo de un año de su muerte, al ir a ver a Géraudin en demanda de apoyo para el Centro. Yo lo sabía, me daba cuenta. Y él también. Sin embargo, de no haber hoy ocurrido el desastre de Fabienne, lo hubiese olvidado todo y no me hubiera acordado de nada. Ni siquiera hubiese pensado en ello». ¡Memoria, inteligencia, razón, altas facultades del alma de las cuales nos gloriamos, sujetas, en cambio, a la rosa de los vientos del orgullo! «¿Y Fabienne...? Mía es también la culpa de lo que le ha ocurrido. He querido asociarla a mi obra. La envié a París para «adiestrarla». No vacilé en apartarla de mi lado, en sumirla en un ambiente emponzoñado. ¡Así tenía que ser, puesto que había de ser mi colaboradora! Sí, y además, cuando las dudas comenzaron a socavar los cimientos de mi obra Fabienne siguió, a pesar suyo, en París. La he mantenido lejos de mí para que no se diera cuenta de mis vacilaciones. No quería sufrir ante ella la humillación de confesar mis fracasos, las dificultades con que tropezaba. Éste es el motivo por lo que, en el fondo, me negué a que volviera, precisamente cuando el demonio de la duda le roía el alma, cuando tenía necesidad de mí, de un hogar, cuando me rogaba que la dejara ir a Angers... Yo me negué. Peor aún. He dado pie a sus relaciones con Guerran. Ello me halagaba y podía serme útil... ¡Todo esto es lo que había dentro de mí! «Y ahora Fabienne ha caído. Sin embargo, aún me atrevía a esperar... ¿qué? ¿Qué tentación anidaba en mí? Guardar silencio. Vender a mi hija a cambio de que mi obra subsistiera, salvar mi abominable orgullo... a lo que seguiría llamando heroísmo y grandeza de alma... » Solo, apoyado en un añoso árbol, bajo la luz del crepúsculo, Doutreval, por primera vez, hacía examen de su vida y se juzgaba a sí mismo. «¡Un genio! ¡Un gran hombre! ¡Un sabio! ¡Una gloria! Sí, quizá es eso. ¡Vanidad, presunción, mentira, bajezas, robos, crímenes! Y ni siquiera sin que uno se dé cuenta. ¡El orgullo! ¡Ah, el orgullo! Le dolía el estómago. Regurgitó hiel. Subióle a la boca un vómito de bilis, un líquido amargo que escupió furiosamente, con un rictus de repugnancia, como si hubiera escupido el asco que sentía de sí mismo. CAPÍTULO Quinto. Hacía cuatro días que Fabienne había llegado a Aix, a

la villa «Graziella», a orillas del Sierroz. Nada había dicho a sus viejos amigos los Droux. La señora Droux se había mostrado preocupada por su mal semblante, pero Fabienne la tranquilizó diciendo que durante el invierno había contraído una anemia cuya convalecencia exigía una temporada de reposo. Sin embargo, los Droux seguían inquietos. Fabienne no reía como antaño, guardaba largos silencios y no iba, como antes, de las conejeras a la huerta... El domingo, hacia las dos de la tarde, Fabienne, como todos los días, enfiló la carretera de Aix, al encuentro del cartero. No había nada para ella. Volvió sobre sus pasos, y después de advertir a los Droux, se encaminó por el empinado atajo que domina el lago y conduce al pueblecito de Saint-Innocent. Dos kilómetros más allá de Brison se elevaba una pequeña fábrica en la que se hilaba pelo de conejo y lana «Angora». Quería comprar algunos ovillos a la patrona. Hacer punto de media le ayudaría a matar el tiempo... Caminaba lentamente y era ya tarde cuando llegó a Brison y Saint-Innocent con su paquete de lana de conejo. Cogió de nuevo la larga y sinuosa vereda que trepa, desciende, vuelve a subir y vuelve a bajar en dirección a Aix, por entre los viñedos y los campos apenas afelpados por las primeras espigas de avena y de trigo. Un sol pálido iba ocultándose detrás del Dent du Chat. Las cimas de las montañas se veían blancas de nieve en las quietas aguas del lago, ninguna barca. Ni un pájaro volaba sobre la inmóvil superficie. Aquella inmensidad de agua inmota bajo las sombras del atardecer tenía una extraña y grave melancolía. Antes de llegar a un grupo de opulentas villas que se levantaban en la colina, entre Saint-Innocent y el Sierroz, Fabienne giró a la izquierda para acotar el camino tomando una serie de atajos más agrestes, por los que gustaba de andar. Entre prados cuajados de álamos seguía un camino franqueado de tupidos zarzales. Sentóse un momento sobre un tronco de álamo derribado el otoño anterior y cuando reanudó el camino hacia la casa vio que a lo lejos, en un recodo del sendero, alguien se acercaba hacia ella. Una alta silueta, un hombre tocado con un flexible verde, enfundado en un largo impermeable y que se apoyaba al andar en un grueso bastón. Reconoció a su padre. No se atrevió a levantar los ojos ni a detenerse. Sin embargo, parecía que una mano le oprimía el corazón. Fabienne prosiguió su camino, con la vista nublada, una sensación de ahogo en el pecho y a punto de desvanecerse. Así caminó hasta que estuvo a pocos pasos de él. Entonces levantó la cabeza y le miró. Recibió una extraña impresión. Le costó trabajo reconocerle. Estaba muy cambiado. No era el mismo hombre. Más viejo, más caduco, como consumido. No encontraba en sus facciones aquel esfuerzo, aquella constante tensión que las endurecía. Parecía como si, cediendo a su lasitud, apareciera por primera vez su verdadero rostro. Esa impresión instantánea, la sobrecogió. La mirada sobre todo, no era la que ella esperaba. Ni odio, ni severidad. Sólo depresión y tristeza... Fabienne quedó como aturdida. Sí, aquella era su obra. ¡Y en cuatro días! Sintióse desfallecer. —Buenas tardes, Fabienne —dijo él. —Buenas tardes, padre —balbució ella. ¿No me das un beso? Doutreval bajó la cabeza. Fabienne le rozó su mejilla con los labios. —Llegué ha poco a casa de los Droux. Me han dicho que habías salido para Brison y he venido a tu encuentro. ¡Qué bien se está aquí! ¡Qué tranquilidad! Se puso a caminar al lado de su hija y ambos siguieron el sendero de álamos abatidos, brezos y zarzales. —¿Estás mejor? —Sí... —¿Has descansado? —Sí, padre. —¿Quieres que hablemos? ¿Qué examinemos la situación los dos solos? De nuevo Fabienne sintió que su corazón dejaba de latir. Pero había que ser animosa. Y dijo con voz apagada: —Si tú quieres, padre. Doutreval la miró con el rabillo del ojo. Vio a su hija con el semblante descompuesto, afligida, crispadas sus facciones en un desesperado esfuerzo para sobreponerse a su temor. Y sintió por ella una compasión infinita. No supo qué decir, cómo hacerle comprender los sentimientos que le embargaban. Doutreval jamás había sido hombre cariñoso. Colgó del brazo izquierdo su recio bastón de curva empuñadura, posó simplemente la mano en la espalda de su hija y se apoyó en ella mientras caminaba. Fabienne sentía el peso de la mano paterna y observó su pronunciada cojera. Trastornada, estaba a punto de llorar. Parecía que a través de su mano Doutreval le confesaba su fatiga, dándole a entender cuánto necesitaba de ella. ¡La mano de su padre sobre sus hombros! Jamás había sentido como en aquel momento cuánta dulzura entrañaba aquel ademán. Ahora todo sería más fácil para ella y para él. También Doutreval se percató de ello. —He reflexionado mucho, Fabienne. He examinado a fondo nuestra situación, bajo todos los aspectos. Y mis conclusiones, hija mía, son éstas: »Es inútil discutir lo que tanto tú como yo sabemos. Esa aventura es un desastre para los dos. Tú eres mi último hijo, el único que me queda. Mi pequeña... Tu madre murió cuando tú viniste al mundo... Quizá por eso te quería más. Me había hecho muchas ilusiones respecto a ti... Todo se ha derrumbado. Y también mi obra. Guerran podía salvarla, pero ahora es ya imposible... »Debo decírtelo todo, confesártelo todo, Fabienne. Por un momento pensé en sacrificarte a ti. Sí. Pensé en salvarlo todo, en llevar mi obra adelante... ir a ver a Guerran, o al menos escribirle, fingir ignorancia de todo, solicitar su apoyo, sofocar el asunto de Marruecos, salvar el Centro. Todo era posible. Tú podías pasar una temporada lejos de mí. Y ese hijo... ese hijo... Pues bien... No debes de ignorar que existen procedimientos para evitar que un hijo venga al mundo... en todo eso pensé, Fabienne. Nada te hubiera dicho y me las habría arreglado para que la ocasión, la tentación de librarte de tu hijo no parecieran insinuaciones más. Llegado el caso hubiese fingido creer en un

accidente... Y Guerran me avalaba... hasta ahí hubiera llegado, Fabienne... Y he querido que tú lo supieras. Fabienne hizo un gesto. —No he podido hacerlo —prosiguió Doutreval—. No sé por qué. No es lógico. No creo en nada. Cuando uno se hace viejo se torna débil, sin duda. En todo caso, no puedo ir más lejos. En fin, estoy resuelto a abandonarlo todo, mis trabajos. Fabienne levantó la cabeza, miró a su padre y murmuró: —Tus trabajos... —Sí. Resulta muy duro, claro. Pero en el fondo estaba sumido en el error y la mentira. Y probablemente me hubiera hundido todavía más... Tú no puedes comprenderlo. Pero en realidad quizá haya sido mejor que eso sucediera, incluso para mí. Me ahorra sin duda un calvario... Ese castigo de sobrevivir a mi obra, de ser como tantos otros un viejo estúpido obstinado en un sistema, el único en creer en él en medio de un grupito de logreros y aduladores que fingían admirarle a uno... Uno de esos decrepitos imbéciles de quienes sólo se espera su muerte para, en un postrer sentimiento de deferencia, enterrar sus teorías con ellos. ¡No, gracias! ¡Voy a dejarlo todo! No digas nada, es demasiado tarde; ya está hecho. Ayer mandé un artículo que equivale a una retractación. He dado explicaciones al Ministerio y reconocido mi error. Gigon debe de haber recibido ya mi dimisión. No profesaré más. ¡Todo ha terminado! Siguió caminando en silencio, uno al lado del otro, con la cabeza baja, por el angosto sendero cuyos zarzales arañaban el impermeable de Doutreval con un suave rumor de zarpas. —¿Por qué has hecho esto? —preguntó Fabienne, en voz baja. —Era necesario, hija mía. Cuando uno se ha equivocado y ha sido terco y testarudo como yo lo he sido, no tiene más que confesar su error y luego callarse y desaparecer de la vista de las gentes. De todos modos, no era ya posible seguir viviendo allí después de lo que a ti te ha ocurrido... Ten en cuenta el escándalo... »Porque también tú, pobre hija mía, tienes tu deuda que pagar. No es ciertamente un risueño porvenir el que vengo a ofrecerte... ¿Eres animosa? —Sí... —murmuró Fabienne. —Pues bien, he pensado establecerme aquí. Voy a liquidar todas las cosas en Angers y me reuniré aquí contigo, definitivamente. Ejerceré la medicina, me procuraré unos pocos clientes que me permitan vivir... Me he enterado de que ha muerto el médico de Brison y yo puedo reemplazarle. Seré un médico de pueblo, un médico de montaña... Aún me siento fuerte... Viviremos los dos solos. Visitaré a mis enfermos y efectuaré sin duda algunas consultas. »Durante el verano, quizá vengan a verme algunos ricos de Aix. Con mi jubilación, mis rentas y lo que gane, podremos vivir. Y tú, Fabienne, te harás cargo del gobierno de la casa... y criarás a tu hijito... »Comprendo que todo eso no es muy brillante que digamos, hija mía... Pero es la verdad. Es el orden. Lo he aceptado y es preciso que también tú lo aceptes. Lo más cruel es que todo cuanto ha ocurrido lo ha sido por mi culpa. Tú vas a pagar por mí. Eso es atroz. ¡Yo, tu padre, haber escogido eso para ti! Pero he llegado a la conclusión que en eso reside tu salvación, la única posibilidad que te queda de esperar aún en el futuro... Estás llorando... No me extraña, pobre hija mía... Perdóname... Se llevó el pañuelo a los ojos. Fabienne se lanzó al cuello de su padre. —¡No llores, padre! Soy feliz, estoy contenta. Soy yo quien te pide perdón. ¡Tú eres bueno! —¡Bueno! —exclamó Doutreval con una amarga sonrisa—. ¡No, no soy bueno, hija mía! Cuando uno piensa cosas como las que yo he pensado, cuando se tienen en la vida tales tentaciones y las malas acciones que han existido en la mía, no se puede ser bueno... —¡Sí, tú eres bueno! Te desconoces a ti mismo. Estás calumniándote. Recuerda a todos aquellos por quienes te has sacrificado. A tus enfermos, los esfuerzos que has prodigado sin tasa, a todos cuantos has salvado la vida. —Sí, por ambición... por orgullo. —Acuérdate de Tom, el viejo perro de aguas al que habías de sacrificar ante los estudiantes... Te lamió las manos y entonces ordenaste que lo desataran y lo entregasen a Mariette... Ya ves que eres bueno. —Debilidad. —dijo Doutreval encogiéndose de hombros. —Y los chiquillos del hospital... ¿Has olvidado acaso cuánto los querías, cómo te preocupabas por ellos, la pena que tuviste cuando murió aquella muchachita idiota...? empezaba a reconocerte, y te tocaba la cara con las manos... Yo tenía miedo, pero tú se lo permitías todo... Le habías puesto cariño y cuando murió lloraste... ¿No te acuerdas de aquella mujer, una obrera de fábrica, que te llevó a su hijo, un mozo alto y robusto, atacado de locura, para que tú lo curases? Cinco años hacía que trataban de devolverle la salud. Se habían hecho toda clase de pruebas y había sido examinado por todos tus competidores. Acuérdate del miedo que tenías. Todos tus adversarios estaban al acecho. Si no hubieras tenido éxito, el fracaso se habría divulgado a los cuatro vientos. ¡Una verdadera catástrofe! y el caso era casi incurable. Pretendían juzgarte a base de un milagro. ¿Te acuerdas que estuviste dos días vacilando? Finalmente lo aceptaste e hiciste ingresar al enfermo en Saint-Clément. »Lo arriesgaste todo, tu apellido, tu reputación, tu método, todo, para no dejar desamparado a quien había acudido a ti. Y aquel desgraciado salió curado y volvió a su trabajo. Eso es lo que tú hiciste, padre. ¡Ya ves que eres bueno! —¡Ah! —exclamó Doutreval. Sentía una opresión en el pecho. Sentóse sobre un tronco de álamo, sacó el pañuelo y lloró. En su abatimiento y su miseria, las palabras de su hija cobraban para él una íntima dulzura y un inexplicable sentimiento de aliento. Pues uno de los mayores goces que el hombre puede experimentar es encontrar en su pasado el recuerdo de un gesto surgido del fondo de sí mismo, realizado sin proponérselo, sin haberlo querido, casi inconscientemente; un gesto de pura bondad, que le impele a creer en el bien. Y más allá del bien, que lo sepamos o no, está siempre la presencia de

Dios. Pues los amores del hombre se cifran en el amor a sí mismo o en el amor a Dios. Sólo esos dos amores existen.

CAPÍTULO Sexto. El hijo de Evelyne no vendrá al mundo. A los tres meses, un aborto. Han debido de quedar restos de placenta pues la temperatura va en aumento. Roy aconseja un raspado. El día transcurre en medio de una gran ansiedad. Por la tarde, Roy se lleva a Evelyne a su clínica en automóvil. Cuando Michel se dispone a ir a ver a su mujer le llaman de casa de Berlequin, el viejo obrero cardíaco. Su nuera se ha agravado. Michel llega presuroso a una casa llena de lágrimas. La joven acaba de fallecer en brazos de la señora Maufray, la comadrona, durante el parto. El hijo de Berlequin murió hace tres meses. Con su mujer, sólo le quedaba al anciano su nuera y la esperanza de ese nieto... Sin embargo, la criatura vive todavía en el interior de aquel cadáver. Michel pide ladrillos calientes, calentadores y mantas de lana con que mantener tibio el cuerpo sin vida. Y corre a telefonar a Roy. En aquel momento Roy se dispone a intervenir a Evelyne. Michel expone el caso. Cesárea post-mortem. Siete minutos después llega Roy con un enfermero. Sin decir palabra se precipitan a la habitación, se enfundan en batas blancas y ordenan salir a los Berlequin, la comadrona y las comadres. Con el oído pegado al agujero de la cerradura, Gay Houtten la rolliza tendera, oye horrorizada las breves palabras de Roy a su ayudante: —Mucho cuidado, Gérard. Las precauciones de costumbre. Hemos de suponerla con vida. Nunca se sabe... Luego el silencio. De vez en vez, un leve tintineo de instrumentos de acero. Una exclamación de impaciencia de Roy. Una orden: —Catgut, Doutreval. Anude el cordón. ¡Listo! De pronto, quiebra el silencio un leve y extraño gemido, el tembloroso chillido de una vieja y estropeada muñeca que estremece a todo el mundo con un sentimiento de horror y de esperanza a un tiempo. Michel abre la puerta. —¿Me hace el favor, señora Maufray...? Sin embargo, acude todo el mundo. Todos quieren ser testigos del milagro. Hombres y mujeres irrumpen en la habitación, zarandean a la señora Maufray y miran boquiabiertos, alrededor de aquel cadáver despanzurrado, a los tres carniceros que con las batas moteadas de sangre muestran radiantes a todos los presentes una criatura viva. —Y ahora —dijo Roy— me voy a la clínica a operar a tu mujer. ¿Qué piensas hacer? Michel vacila. No puede marcharse. La criatura es endeble, apenas tiene vida. Según la fraseología técnica, ha nacido «pasmado». No, Michel no puede abandonarlo. —Debo quedarme... Apresúrate. Procura esmerarte. Roy le mira un instante, le estrecha la mano y se va. Hasta muy tarde, Michel calienta mantas de franela, vigila al recién nacido y tiene que atender a Berlequin, que ha sufrido un Síncope. En medio de ese tráfigo, le asalta de vez en vez el pensamiento de Evelyne... A las diez, da por terminado su trabajo. La criatura va bien, y los Berlequin casi han recobrado su presencia de ánimo. —Ahora —declaró Michel— les dejo a ustedes y voy a ver a mi mujer. —¿Su mujer? —Sí. Roy la está operando. —¡Ah, doctor! —exclamó la vieja Berlequin con lágrimas en los ojos—. Pues claro. No faltaba más. Michel les deja con la palabra en la boca. Sube en el coche. Finalmente, tenía derecho a pensar en él, en Evelyne. La encontró ya despierta, en un cuarto de la clínica. —Todo ha ido muy bien —dijo Roy. En toda la región se habló mucho de aquella intervención. Jamás se había visto eso de sacar un hijo vivo de una muerta. Todo el mundo quiere ver a la hija de los Berlequin. De un golpe, la reputación de Michel ha aumentado considerablemente. Acuden clientes de poblaciones lejanas. Y vuelven, arrepentidos, antiguos enfermos. Los Buccinali le traen, un poco avergonzados, a su hija tuberculosa, a quien las inyecciones de Seteuil no han conseguido mejorar. Ha enflaquecido, ha perdido fuerzas y el pulmón derecho está completamente tocado. Hay que hacer una revisión a fondo, empezar por la base, partir de cero, con una enferma más fatigada, más consumida que hace seis meses. Luego se presenta Daudenaerde, el comerciante de chatarra, que confiesa su error y reconoce esta vez que Breuil, el curandero, no ha mejorado su salud. Nada puede hacerse con Daudenaerde. Él mismo ha contribuido a su propia ruina. También en este caso hay que luchar, reanudar la batalla, mentir, confortar, dándose por satisfecho con un mes, una semana, un día arrancado a la muerte. Es eso lo que exalta, lo que apasiona: la lucha contra el error, la batalla contra la muerte. En principio, eso no forma parte de la «profesión». Trátase en todos los casos de un ser humano, de una vida, de un hogar, de un sufrimiento humano, en lo que uno deja siempre un poco de su corazón... Y aunque uno sea un médico viejo y experimentado, cuando un chiquillo atrapa una bronconeumonía y presenta mal aspecto, uno no se siente orgulloso de sí mismo y entra en su casa preocupado y dice a su mujer: —Mi chico no está bien. Se come sin apetito, se lee el periódico sin entusiasmo y tarda uno en dormirse. Y eso dura hasta que el niño se cura o muere. Pues también la muerte es para el médico una especie de liberación. Ha hecho cuanto ha podido para establecer el orden. No hay más que hacer. En adelante sólo pensar en los demás. Pero mientras dure la vida hay que luchar incluso con la certidumbre del desastre. Siempre queda ese último e inmenso consuelo de aliviar, de mitigar, de evitar los sufrimientos inútiles. Hace dieciocho meses que Michel sostiene a la madre de los Letilleul, la pobra anciana cancerosa de pecho. La ha sometido a una intervención. ¡Un año ganado! Luego el mal ha vuelto a atacar. Metástasis en la pleura, en la médula espinal. Michel ha tenido que echar mano a la morfina. Más adelante han arreciado los dolores. Ha habido que aumentar la dosis y añadir escopolamina a la morfina. Nuevo aumento de las dosis. y cambiar los emplastos, los ungüentos, las pomadas. Y, además, prescribiendo los cambios de régimen que

tanto influyen sobre el estado general y que muchos médicos desdeñan juzgándolo inútil. Esos cuidados alivian a la pobre enferma. Mira a Michel de modo muy distinto que al principio. Sólo a él llama porque sabe que es el único que puede mitigar sus sufrimientos cuando arrecian las acometidas de su mal. Michel es para ella algo así como un enviado de Dios. Así lo proclaman sus ojos cuando se presenta Michel en una de sus crisis. Los cancerosos son siempre taciturnos. El tuberculoso, en cambio, es con frecuencia más alegre. Lo ve todo de color de rosa. Demasiado. Sobre todo cuando no están en los sanatorios. Desde hace mucho tiempo Michel tiene a su cuidado a Francine Ray, la hija del relojero. La muchacha se va consumiendo, pero ella no se da cuenta. Y cuando todas las mañanas llega Michel, le dice muy orgullosa: —¡He ido a pie hasta la iglesia, doctor! ¿Qué le parece a usted? — ¡Magnífico! —dice Michel—. ¡Bravo! Francine no se acuerda de que tres meses antes asistía a los oficios divinos. Y a la primavera próxima, si sigue todavía de este modo, le dirá a Michel con el mismo ingenuo envanecimiento: —¡He dado tres veces la vuelta a la mesa, doctor! Y Michel repetirá: —¡Magnífico! Francine estaba prometida y a punto de casarse. Michel se lo impidió y aplazó la fecha de la boda sin que ella supiese los motivos. Otra batalla para ganar tiempo, para que la verdad se abriera paso poco a poco, suavemente, sin lastimar aquella pobre alma. —Espere un poco. Dejémoslo para las Navidades como medida de prudencia. . . Luego por Navidad, dice: —Por Pascua de Resurrección. . . Y luego. —Por Pascua de Pentecostés. Michel sabe muy bien que por esas fechas Francine habrá muerto o su estado será tal que forzosamente tendrá que comprender; o que el novio cansado, adivinará la verdad y desaparecerá. Así terminan siempre estas cosas. Los pobres hombres no son unos santos. Esto es lo que ha debido ocurrir con Francine. Desde hace algún tiempo no se ha sabido nada del novio. Francine apenas habla de su matrimonio. Está más triste. Lentamente ha ido conociendo la verdad. . . Afortunadamente está la chiquilla de los Buccinali que va mejorando, y la hija de los Lausefeld, los hilanderos, que estará curada dentro de un año. Los Lausefeld, estupefactos, no conciben cómo un huevo, un poco de queso, patatas, legumbres y frutas hayan restablecido a Anne—Marie. —En el fondo —dicen—, vale más poseer un poco de verdad que mucho dinero. En cuanto a la vieja Pauline Labuire, su impétigo va mejor gracias a los cuidados de Michel y sobre todo de Evelyne, conviértese de nuevo en enfermera de su marido, un viejo egoísta y paralítico. Ya no se levanta, hace sus necesidades en la cama y Pauline, al regresar del mercado donde vende retazos de tela, tiene que lavar cuatro sábanas todos los días. ¡Menos mal que puede aún meter las manos en el agua! Luego, cuando ha terminado la colada, tiene que leer el periódico, porque a él se le nubla la vista, o jugar a las cartas como solía hacer en el café mientras ella trabajaba. Y lo curioso es que Pauline no se queja. Sólo sus familiares, los hermanos, las hermanas y los sobrinos, que se han cansado de ayudarle, dicen a Michel «que aquello es demasiado para una pobre mujer ya cansada». Y siempre, por doquier, todo es igual. Los que menos se sacrifican son los que más pronto se cansan. En cambio, para Pauline Labuire será sin duda demasiado pronto cuando ese viejo achacoso y feroz se vaya de este mundo. Llamen a Michel de casa de Delabry, un modesto empleado de Banco. Cólicos atroces desde la víspera. Agudos dolores en el costado derecho fueron la señal. Peritonitis. Demasiado tarde para intervenir. El vientre está duro, hinchado. El pulso filiforme. Cianosis. Delabry se resiste a una intervención. Cree llegada su última hora. Pero quedan una mujer y dos hijos. Michel llama a Roy a consulta. Terminado el examen, Roy dice a Michel: —Exageras, amigo. No hay nada que hacer. Se me quedará en las manos al primer soplo de anestesia. Está «azul» ¿No te das cuenta? Apenas se nota el pulso y el corazón. . . —Está «azul». No lo niego. Pero si queda una posibilidad. . . —¡Díselo a Lequesnoy! Ya verás si él opera o no. —Por eso te he hecho venir. —¡Hum! —gruñó Roy—. Estás farruco... Escucha —acaba por decir—. Operaré, pero nada de anestesia. Sólo morfina. No quiero que se me vaya en el «billar». ¡No va a disfrutar, el pobre! Ah, pero en cuanto a las consecuencias postoperatorias, no quiero saber nada. La paternidad corre a tu cargo. De modo que arrégatelas con el enfermo, explícale de qué se trata y procura convencerlo, si puedes. —Vamos a operarle, señor Delabry. —¡Eso es lo más difícil! Michel no lo ignora. Se vuelve hacia Delabry. —No — replica el paciente—. Prefiero morir... He sufrido ya demasiado. . . —No olvide que tiene usted mujer y dos hijos. . . Delabry solloza y vacila. —En una hora estaremos listos —insiste Michel—. A decir verdad hay un pequeño inconveniente. La debilidad de su estado no permitirá anestesiarle. . . —¡No! ¡No! —repite Delabry—. He sufrido demasiado. ¡Por favor, doctor, déjeme morir en paz. . .! Es preciso, no obstante, que Michel sea despiadado, cruel, que hable de la mujer y de los hijos, que torture a ese desgraciado que seguramente morirá en la mesa de operaciones, tras de horribles sufrimientos, y que haga oídos sordos a la cobarde incitación de un sentimiento de compasión que le grita: «¡Por Dios, déjalo morir en paz!». Y todo ello porque existe una ínfima posibilidad de salvar una vida, porque la verdadera piedad, la compasión inteligente debe enmascararse, a veces, con la más despiadada dureza y hacer callar al corazón. Delabry extenuado, sin fuerzas, acaba por decir: —Está bien, doctor. Tengo confianza en usted. Adelante. . . Lo trasladan a la clínica. Roy aplica una inyección de morfina e interviene a lo vivo. Michel sostiene la cabeza del desgraciado y mira en silencio cómo el ajusticiado, profiriendo sordos gemidos, clava

sus dientes en un viejo pañuelo. ¡Uno de esos espectáculos que un médico no olvida! Roy extrae del vientre dos litros de pus y de exudado. Cuatro, cinco días, y Delabry aún está con vida. Parece resistir bien. Roy está sorprendido. La tortura no cesa. La herida, en toda su extensión, se enfácela y se pudre. El vientre presenta un corte de una anchura de tres dedos. Durante semanas enteras el intestino se exterioriza por el enorme orificio. Roy se afana en contener y repeler el intestino. Dos horas se pasa en cada cura, martirizando atrocemente al desgraciado. El caso, un caso interesante, apasiona a Roy. Delabry vivirá. ¡Qué abnegación la de Roy en casos como éste! Refunfuña un poco, pero jamás se niega a intervenir. Mientras exista la posibilidad, por pequeña que sea, Roy opera. Además, ello le produce una angustia terrible. En ciertos casos de cáncer del recto, por ejemplo, se presentan dos soluciones: operar con dos posibilidades sobre tres de que el enfermo muera, o no intervenir, en cuyo caso el enfermo muere irremisiblemente. Lequesnoy no opera nunca. Roy, siempre. Hasta el punto de que las gentes, sin discernimiento alguno suelen decir: —¡A Roy se le mueren más operados que a Lequesnoy! Hay para los cirujanos un medio infalible de conseguir rápidamente fama y una buena clientela: no operar más que los casos fáciles. En cuanto a los demás, sólo hay que decir: «¡No hagamos nada, aquí hay un cáncer!» Es frecuente el caso de médicos experimentados que al establecerse como cirujanos, sin que se sepa exactamente por qué, cosechan grandes triunfos. Es a todas luces contrario a la lógica que cualquier doctor en medicina afirme ser cirujano de la noche a la mañana sin legitimar ningún conocimiento técnico particular. A veces Michel se encuentra en la calle con Delabry quien, completamente restablecido, le saluda sonriente con el rabillo del ojo. Un saludo con el que expresa lo que no podía manifestar de palabra. Lo que Delabry ignora es que Michel estuvo a punto de dejarle morir por compasión. Eso es quizá lo más terrible de la profesión. Ni los egoísmos, ni las cobardías, ni las bajezas del sufrimiento y de la muerte; ni el estanquero que no quiere hacer operar a su mujer porque cuesta cinco mil francos; ni los hijos de la anciana señora Scrive, la rentista, a la greña siempre con la madre, y que no le saludan recatando apenas la antipatía que sienten por él, porque ha salvado a la vieja de un ataque de apoplejía. Ni Verfaïlle, el comerciante de legumbres al por mayor, que se niega a tomar una sirvienta y que el otro día obligó a su mujer, en plena crisis cardíaca, a levantarse para atender a unos clientes. Michel llegó a tiempo para ordenar a la desgraciada que se metiera otra vez en cama, sacudir a Verfaïlle por los hombros y amenazar con hacerle encarcelar. Son más frecuentes de lo que uno se cree, esas cosas donde el médico habla en tono conminatorio, da órdenes y asume la defensa de la víctima. No es eso, empero, lo más terrible. Lo más terrible es el caso Delabry: el hombre acabado, que ha sufrido lo indecible y respecto al cual uno debe mostrarse despiadado, por amor hacia él, porque a pesar de todo existe una posibilidad de salvación. Cuando después de un combate de ese género, abrumado bajo el peso de una de esas terribles responsabilidades voluntariamente aceptadas, Michel entra ya anochecido en su casa, se siente cansado, triste y como presa de un indecible malestar. ¿No piensa nadie que a veces el médico, como el sacerdote, puede sentirse cansado de llevar siempre a costas la carga de los demás, los errores, las debilidades, las pasiones y a veces los crímenes del prójimo, todas las miserias de que, sin vacilar, le hacemos partícipe, simplemente porque es el médico? En tal momento es un hombre extenuado el que busca refugio al lado de Evelyne y que comprende claramente por qué ha sido concedido al hombre la ternura de la mujer. En tales momentos, Michel comprende, horrorizado, la soledad y el sacrificio de un sacerdote. Sobrevienen una serie de abortos. El primero de ellos en casa de los Marquez. Un aborto involuntario de seis meses. Los Marquez son sífilíticos. Expulsión de una «mola» gelatinosa, una especie de medusa pegajosa conteniendo quizá en su interior vivientes jirones de carne. Y se bautiza rápidamente esa repugnante gelatina. —Si posees un alma humana, yo te bautizo... Luego, en una sucesión de verdaderos abortos, voluntariamente aceptados, provocados, esos abortos del sábado por la noche, efectuados entre marido y mujer, a consecuencia de los cuales la mujer descansará el domingo para volver el lunes a la fábrica. Un sábado por la mañana, una comadre que acaba de salir de una aglomeración de viviendas obreras, llama a Michel con actitud misteriosa: —Un momento, doctor. Tengo algo que decirle. Por supuesto, quedará entre nosotros... ¿Conoce usted a la Marchant, mi vecina? —¿Y qué? — Pues aseguraría que está embarazada. —¡Ah! —Pues sí. Hace tres meses que no pasa el período. —¿Se lo ha dicho ella? —¡Oh, no! ¡Lo oculta! Pero yo me he dado cuenta de ello cuando tiende la ropa a secar. Ella no lo ha dicho a nadie. Puede usted estar seguro de que tratará de hacérselo perder... —¿Usted cree...? —Sí. Y quizá lo haga hoy mismo. Como el lunes es fiesta tendrá un día más para descansar. Y he observado que barrió la acera de su casa ayer tarde en lugar de hoy, para tener trabajo adelantado... —Pues bien, señora —dice Michel—, nada de eso me afecta, ni tampoco a usted. No podemos cometer ninguna indiscreción. ¡No somos la justicia! Ya veremos lo que pasa... Sin embargo, la comadre ha adivinado. El martes siguiente, los Marchant mandan recado a Michel. La mujer no confiesa. Sólo habla de dolores intestinales. Examen. La mujer no ha conseguido abortar, pero en cambio se ha perforado la matriz. Hemorragia interna. —A mi parecer —le dice Michel al marido— su esposa tiene un tumor maligno en el vientre, que sangra... Como no se trata de un caso de aborto consumado, el médico debe sopesar sus

palabras. Por otra parte, el marido comprende perfectamente. Y asiente, con tono grave: —Creo que esto debe ser, doctor... Diríase que se trata de un colega llamado a consulta. Evidentemente está al corriente, lo menos igual que Michel. Operación. La mujer, cardíaca, muere bajo el bisturí de Roy. Consternación. Otro cadáver del cual será responsable a los ojos de las gentes, el pobre cirujano. Y ante aquel cuerpo sin vida, en presencia de Michel, el marido, tras una escena de tragedia, insulta a Roy y le trata de asesino. Roy, un tímido en el fondo a pesar de su tupida barba y de su perfil árabe, no contesta. Se siente inmensamente desgraciado. Una factura que jamás se atreverá a presentar y que, como tantas otras, figurará en la cuenta de pérdidas y ganancias. Y la serie continúa durante un mes, sin saberse por qué. Todas esas mujeres que abortan trabajan en la fábrica Lausefeld. La fábrica es para la mujer la gran escuela del aborto. Es allí donde se echa al olvido la moral y donde se aprenden los «trucos». Las vísperas de fiesta —Pascua, la Ascensión, Pentecostés— llevan aparejada una verdadera epidemia. Una aguja de hacer media, y adelante. Se clava la aguja en la matriz y al notarse resistencia se dice: —¡Ahí está! Se da un fuerte empujón y, ¡crac!, se perfora la matriz y a menudo el intestino. Michel, que tiene ya su práctica, reconoce de una manera infalible si el golpe ha sido dado por la mujer o por el marido. Si es la mujer, como coge la aguja con la mano derecha la perforación se produce en el lado izquierdo; si es el marido, ha empujado hacia la derecha. Con todo, hay que ir con cuidado al efectuar el sondaje. Encuéntrase uno a veces con mujeres experimentadas, antiguas clientes del hospital, que profieren un grito mientras el médico aplica el heterómetro y que pretenden entonces que ha sido él el culpable de la perforación. Algunas veces, Michel encuentra en la matriz un alfiler, un pedazo de barra de metal, o una varilla de hierro de un «mecanno»... —¿Qué es esto? —Pues... ha sido al querer sentarme —dice la mujer. O no dice nada. ¿Para qué? Harto lo sabe el médico. No vale la pena mentir. Y se calla. Michel grita, riñe, intenta atemorizar. Y, sin embargo, hay que atender a la paciente. Secreto profesional. En el fondo, la culpa de todo ello debe achacarse a la fábrica y al Estado, que ha prescindido de toda moral. Al hospital. En algunos casos, la mujer muere. El hombre contrae nuevo matrimonio, y vuelta a empezar. Y esa muchacha que entra en su casa un sábado por la tarde, enferma... La madre, que no sabe nada, sugiere tisanas e inyecciones y se sobresalta cuando Michel habla de clínica y de intervención. De todos modos, en casos semejantes, la madre suele estar al corriente. Cuando es así, Michel se da cuenta en seguida, pues es ella la primera en proponer con insistencia: —¿No cree usted, doctor, que sería conveniente una operación, una pequeña intervención? En las moradas burguesas las cosas se desarrollan de una manera más discreta. La señora Verval, la charcutera, llamó a Michel el año pasado porque se hallaba encinta. Luego, no se habló más de ello. El otro día, Verval mandó llamar a Michel para un caso de urgencia. En la casa no hay ninguna criatura. Por otra parte, nadie muestra la menor turbación. Simplemente, se ha soslayado el tema. Luego, es la mujer de Failly, la carnicera, que ha tenido una vez más, un aborto de cuatro meses. También una vez más Michel la ha atendido sin decir nada. Después, cuando todo está terminado, hay que ver con qué congoja los Failly le saludan, disimulando torpemente su satisfacción por verse liberados de un hijo con la complicidad del médico. Y la misma semana, una llamada urgente de casa de los Lavaisne. La señorita Lavaisne, una muchacha de veinte años muy moderna, sufre una hemorragia inexplicable. El gran Lavaisne está muy preocupado, lo mismo que la rubia señora Lavaisne, quien, aunque siente una debilidad especial por el género masculino y goce en engañar a su marido, no se ha enterado de nada. Al punto se ve que la señora Lavaisne no abriga la menor sospecha sobre la dolencia de su hija, pues habla continuamente de inyecciones y de silla de extensión... Michel, sin decir nada, cuida a la joven Lavaisne en presencia de los padres. Sin embargo, en dos o tres ocasiones habla abiertamente a la muchacha. Ésta rompe a llorar. Dice que la culpa no es suya, y que la libertad es una carga muy pesada, incluso para una muchacha «moderna». No tarda en restablecerse. Una mañana, al cruzar Michel el espacioso y enorme vestíbulo, le llama discretamente el joven Lavaisne, un colegial granujiento. —Quería verle, doctor. Iré a su casa esta tarde. Pero no diga nada a mis padres. El jovencuelo va a ver a Michel «por encargo de un compañero que está preocupado». Michel le da unas palmaditas en el hombro y trata de granjearse la confianza. —¡Pero si conozco muy bien a tu compañero! ¡No faltaba más! ¡Y no está lejos! ¡Delante de mis narices! ¡Vamos, vamos! Eres ya un hombre. Hay que ser valiente. Cuéntame lo que te pasa y en seguida te examino. El pobre muchacho ha atrapado la sífilis. ¡Singular idea esa del Ayuntamiento de permitir que se instalara una serie de burdeles frente a la Universidad! Michel está fastidiado. Secreto profesional. El joven Lavaisne, con sus diecisiete años, ¿cómo va a cuidarse solo la sífilis y seguir un régimen severo de desintoxicación? Y, por añadidura, existe la posibilidad de un contagio en la familia o en la Universidad. ¿Debe Michel poner sobre aviso a los Lavaisne? El joven Robert ha depositado su confianza en él, suplica su silencio, hace un llamamiento a su honor y le dice: —¡Doctor, si mis padres se enteran, me suicido! Con esos muchachos, nadie sabe a qué atenerse. A ese jovencuelo que hasta aquel momento nadie ha oído hablar de moral, Michel le habla de rectitud, de lealtad, de deber. Es sorprendente notar cuán intensamente penetran en él tales sentimientos, cuánta reserva de generosidad existe aún en una juventud minada por la gangrena. Sólo el

pensamiento de que pudiera contagiar a sus compañeros, a su hermana, a su madre, hace titubear a Robert Lavaisne. Lloro y consiente. Michel irá personalmente a explicar lo sucedido a su padre. En su despacho, el gran Lavaisne, un gigante de tez rubicunda por la práctica de los deportes, el automovilismo, la caza y los buenos vinos, escucha a Michel con estupor. ¡Robert, que aún no ha cumplido los diecisiete años! ¡La sífilis! Se sienta, llora, confiesa su miseria, su hogar desunido, la desavenencia de su matrimonio, las mujeres con quienes mantenía relaciones y que amargan su vida. Y dice como Lausefeld: —¡El dinero! ¡Qué broma! ¡Qué inmundicia! ¡Y pensar que uno se desloma para ganar eso; eso que ha labrado toda mi desgracia! Ignora que su mujer le engaña y que su hija acaba de abortar. De todos modos, a Lavaisne le sobra la razón cuando sienta la procedencia del mal: el dinero ganado con destilar el alcohol y envenenar al pueblo, y que ha permitido a los suyos gozar de una vida lujosa y holgazana. ¡Qué fastidiosas son a menudo las sífilis! ¡Cuánta diplomacia, cuántos embustes y argucias son necesarios! Un buen hombre acude a ver a Michel. Muestra un grano sospechoso. —¿Es usted casado? —Sí. —Usted ha engañado a su mujer. —En absoluto. —Vamos, hombre... —¡Le juro que no! Michel calla y reflexiona. Hay que evitar el drama. —Diga a su mujer que venga. Quiero examinarla. Al día siguiente se presenta la mujer con cierto mal humor. Michel la examina. Sífilis. Y no reciente, por cierto. Ha sido ella quien ha contagiado al marido. En presencia del buen hombre, Michel interroga: —Señora, ¿ha viajado usted por ferrocarril durante el año pasado? —No. La mujer no comprende. Hay que insistir. —¿No se ha sentado usted en algún retrete de algún hotel? ¿No se ha servido de una toalla usada? Esos son motivos de contagio. De pronto, la mujer comprende. Se da cuenta de que Michel quiere salvarla. Ella le mira. Ambos adivinan sus pensamientos. Y la mujer murmura: —¡Cielo santo! Es verdad... Ahora recuerdo... En el mes de agosto fuimos en coche a París. Tres días... ¿Te acuerdas, Adrien? —Sí —contesta el hombre—. ¡Es verdad! ¡Pues vaya cosa! No ha sospechado nada. Su felicidad está a salvo. Michel cuidará de los dos. Sin embargo, otro casos son muy frecuentes. He aquí a una mujer casada que acude, avergonzada, a visitar a Michel. Picazón en el cuerpo. Se sonroja al hablar. Una mujer honrada, no cabe duda. Michel la interroga dulcemente: —¿Se lleva usted bien con su marido, señora? ¿No sale usted sola? ¿No habrá usted...? en fin, quiero decir... Perdone usted la franqueza, pero ¿no engaña usted a su marido? —¡Oh, doctor! —No, no, evidentemente... Pues en este caso, dígame usted que venga a verme. Al cabo de unos días llega el marido. De buenas a primeras habla en tono altisonante. —Doctor, por lo visto usted ha dicho a mi mujer que... —Un momento —ataja Michel—. Hablemos primero de usted. ¿Dónde ha atrapado usted la sífilis? La arrogancia del marido se esfuma por completo. Se sonroja, vacila, confiesa, exhibe su mal y pide consejo. Él y Michel examinan la situación, como buenos amigos. ¿Qué decir a la mujer? Podrían hablarle de una afección hereditaria de un abuelo de cualquiera de los dos. Afortunadamente casi todas las familias cuentan entre sus antepasados algún viejo e impenitente calavera cuya memoria ha sido tristemente célebre. Él cargará con todas las responsabilidades. Y si por casualidad faltara ese personaje clásico, se llama a la mujer y se le dice que se ha infectado al beber en un vaso poco limpio. Y de ese modo ha contagiado a su marido. La desgraciada está consternada. Lloro. El marido, generoso, la consuela. Un matrimonio más salvado. La hija del estanquero Simonet acaba de dar a luz a un niño de ocho meses, muerto. Recién llegada de París-Plage, nadie se había enterado de nada. También en este caso, gente de dinero. Los Simonet quisieran «salvar el honor», como ellos dicen. Un amigo de la casa les ha aconsejado. —Hacedlo pasar por un feto de cinco meses. No habrá entierro ni escándalo... Cinco meses: una simple inscripción en el registro civil, sin que medie acta de nacimiento ni de fallecimiento. La dispensa del entierro significa el silencio para hoy y el olvido para mañana... Los Simonet presentan a Michel el cadáver del bebé como un feto de cinco meses. Pero el cuerpecito no está macerado. Está completo, formado, es de talla casi normal. Michel se niega a participar en la conjura, a influir sobre el médico forense. Y prescinde de los Simonet, buenos clientes desde hacía tiempo. Éstos ni siquiera le ruegan el silencio. Hermoso rasgo, ciertamente. Por encima de todo, el médico, en nuestro país, debe gozar de estima y respeto para que nadie se atreva a decirle: —Le ruego, doctor, que observe el secreto profesional. Todo el mundo sabe que eso es inútil; que el secreto está bien guardado. Los Simonet llaman a Becquerel, quien certificará lo que se le pida. —Ya lo ves —dice Roy—, uno hace lo que puede pero en realidad no puede hacer gran cosa. ¿Hijos? La masa no los quiere y ¿como es la masa la que manda...! nada más fácil que la represión de la interrupción artificial del embarazo, pero los poderes públicos no lo quieren, porque el elector tampoco lo quiere. Eso es todo. Estamos sujetos a un sistema electoral mal concebido en que la selección, la selección del pueblo, como de las clases superiores, no puede expresar su opinión como quisiera. Pero antes de que tú te establecieras aquí, una buena mujer había denunciado a una abortadora. Cuando la gente se enteró, fue a derribar la puerta de la casa... ¿De la abortadora? No, de la denunciante. Estuvo a punto de que la lincharan. Tuvo que salir de la región. También yo he querido echar mi cuarto a espadas. Ya puedes suponer que conozco aquí muy bien a esas mujerucas que meten mano en la matriz de las mujeres que van «retrasadas». A casa de todas ellas, una tras otra, he enviado a un inspector



de policía en traje de paisano. Decía que su mujer se hallaba encinta y solicitaba que la hicieran abortar. Todas las abortadoras aceptaron. Por este procedimiento conseguí hacerme con un «dossier» formidable. Entonces, presenté una denuncia al Juzgado. ¿Sabes lo que ocurrió? Pues nada en absoluto. El Juzgado no ordenó ninguna diligencia basándose en que, a su entender, no había habido «comienzo de ejecución». ¿Qué te parece? La verdad es que el Juzgado se ve obligado a someterse a las órdenes del Gobierno. El Gobierno está a las órdenes del elector. Y el elector no quiere hijos. Doutreval, si hubiera en Francia una sombra de autoridad, ¿se permitiría la venta libre de los innumerables artículos anticoncepcionales que se expenden sin receta, los óvulos, los extractos ováricos? Lee los periódicos y verás una serie de impúdicas propagandas; las clínicas para «enfermedades de la mujer», los laboratorios que certificarán si una está encinta o no antes del segundo mes, cuando aún hay tiempo... Una publicidad ostensible, cínica. Ya conoces esa especialidad cuya propaganda consiste en una ilustración explícita: una cigüeña con el pico abozalado. Dicen en Alsacia que las cigüeñas llevan a sus hijitos en el pico. El símbolo era claro. ¡Verdaderas armas parlantes! Protesté y conseguí que cesara esa propaganda. Pero el producto continúa vendiéndose libremente en todas las farmacias. En la región de Lille se venden setecientas mil dosis de drogas abortivas al día. ¡Sin contar las especialidades! En total, que puedes doblar esa cifra. No vas a suponer que en nuestra región hay todos los días millón y medio de mujeres con menstruación irregular. No. Las tres cuartas partes de esos productos sirven para los abortos. Por otra parte, son tan conocidos los nombres de todos ellos que cuando una mujer encinta va a ver a alguno de mis colegas con la idea más o menos confesable de hacerse abortar, éstos le prescriben en seguida una pequeña dosis. ¡Inofensiva, por supuesto! así la mujer se va contenta... y no aborta. Si el médico no le hubiera recetado nada, ella se hubiese tomado una cantidad diez veces mayor y quizá logrado abortar. ¡Hasta aquí hemos llegado! »Y todo ello sin contar con las mujeres que hacen uso de las agujas y alfileres. Gracias a todas esas trapacerías, Francia tendrá en 1980 veinticinco millones de habitantes. Si no se acepta el voto familiar, el voto plural, no sé exactamente qué, pero en todo caso un sistema electoral que dé a las elecciones de todas las clases una garantía de labor eficaz, si no volvemos a la religión, a la moral, a un Gobierno integrado por los mejores de entre los obreros, los burgueses y los grandes y pequeños campesinos, te digo, Doutreval, que estamos perdidos. —Estoy de acuerdo con usted —dice Lausefeld, el fabricante, al contestar a Michel que ha ido a visitar a Anne—Marie Lausefeld—. Una verdadera plaga, ciertamente. La causa primera, son el laicismo y el cuartel, de la despoblación. No somos nosotros, empero, los únicos responsables. ¿Por qué no tiene el Estado una política de inmigración? Ya ve usted dónde se alojan nuestros obreros polacos, checos, italianos y argelinos; en casas de huéspedes y en sórdidas pocilgas. Como si todo estuviera preparado para corromperlos en cuanto llegan y averiar la sangre nueva y sana que hubieran podido transfundir si se hubiese efectuado una selección cuando entraron. Hubiera sido necesario construir viviendas, ciudades obreras esparcidas por el campo, lejos de la fábrica, con servicio de autobuses. Nosotros, los industriales, habíamos pensado en ello. Pero no ha podido hacerse. ¿Quién lo ha impedido? Pues, Mooreman, Becquerel, los alcaldes y consejeros municipales. ¿No se da usted cuenta del número de electores que les habría sido arrebatado? Han preferido construir en la ciudad una colección de gigantescos inmuebles, viviendas exiguas y malsanas en los que cada ventana representa para ellos un voto más en las elecciones, y en los que nunca, por supuesto, vendrá una criatura al mundo. Chicos en piso. ¡Vaya comodidad! Ya conoce usted nuestros sórdidos tugurios, nuestros tabucos. Me denegaron la autorización porque en el barrio hay un establecimiento de bebidas propiedad de un consejero municipal. Le habría echado a perder la clientela... Tuve que desistir de mis propósitos y contentarme con pavimentar los patios, instalar agua corriente, dar una capa de pintura y chocar algunas macetas de flores... Y dicho sea de paso, tenga en cuenta que en el Ayuntamiento figuran diecisiete taberneros. Vivimos en el reino de la «tascocracia», doctor. Y eso será nuestra ruina. Sí, pero en cambio ahí tenemos a la señora Daubian, que se halla una vez más encinta, que se ha pasado nueve meses en una silla de extensión y a quien esta noche Michel ha asistido en el parto. Un chico. No hay dinero en la casa. Daubian, que en sus tiempos fue rico, que lleva un apellido ilustre, trabaja ahora de peón y cuando vuelve de la fábrica Lausefeld lava la vajilla para que la mujer pueda descansar. Sin embargo, qué alegría en este hogar, qué felicidad, al ver finalmente colmadas esas ansias de maternidad tras largos años de espera y sufrimientos voluntariamente aceptados. Y Evelyne, completamente restablecida y que de nuevo espera para fines de verano. Y los Dauvillé, ese matrimonio obrero. La mujer dio a luz el sábado pasado. Ambos son ex-jocistes buen ánimo, amor y ni una perra gorda. Dauvillé, emocionado, trastornado no se ha movido del lado de su mujer. Le cogía las manos, le enjugaba la frente, le llevaba una taza de café, le hacía oler vinagre. Ese modesto obrero, de manos callosas, encontraba palabras tan dulces, tan cariñosas, tan sentidas, que a Michel se le humedecían los ojos. Esos matrimonios, esos hogares, donde aún subsiste el amor, lo redime todo. Esta mañana, Michel ha ido a casa de Dauvillé. Sentado en una silla baja, con el recién nacido sobre sus rodillas, Dauvillé, con sus manos agrietadas, envolvía cuidadosamente al bebé con blanquísimas mantillas, y sujetaba la tela con agujas

imperdibles con la maña de una mujer experimentada. Cuando entró Michel se levantó. Dauvillé era bajo de estatura, delgado y lleva cubierta la cabeza con una gorra deslucida. Con la mano derecha en las posaderas de la criatura, envuelta en mantillas hechas de una sábana fuera de uso, la reclinaba contra su pecho sosteniéndola firmemente con la mano izquierda. Una manaza negra, fuerte, como perteneciente a un hombre más corpulento que él agrandada por un trabajo pesado, con grietas en las articulaciones y unas uñas cortas, cuarteadas y roídas. Rebosaba felicidad y sonreía a Michel, con el rostro del crío muy cerca del suyo. En aquella sencilla y alegre paternidad había una grandeza indescriptible. Durante todo el día ese recuerdo ha llenado la mente de Michel, la imagen de esa especie de pequeño y alegre San José de tez cetrina mostrando al mundo sobre su fuerte mano al recién nacido. Un recuerdo reconfortador que le hace a uno recobrar la confianza en el porvenir. ¡Adelante! Aún quedan en este mundo más hombres de buena voluntad de los que son necesarios para salvarnos. El gran Lavaisne, el destilador, ha muerto. Oficialmente, de una apoplejía. Una tarde, la señora Lavaisne llama a Michel por teléfono. —¡Pronto, doctor! ¡Mi marido! Una congestión. No, no, ha sido en mi casa. En la calle de Louis-Blanc. En la calle de Louis-Blanc vive la amiga de Lavaisne. La congestión de Lavaisne ha consistido en una bala de revólver que aquella ha depositado en su cabeza. Una tremenda confusión en la casa. Sangre desde el vestíbulo hasta el primer piso. Michel llega a tiempo para arrancar de manos del hijo de Lavaisne, un pobre estudiante sífilítico, a la amante de su padre, a quien quería estrangular. La mujer y la hija de Lavaisne hurgan entre los cajones. En el primer piso, tendido en una cama, con un cobertor amarillo de seda moteado de sangre, el coloso agoniza. Al lado de él, un sacerdote le tiene cogida la mano y le interroga en voz baja, con la boca pegada al oído. Y sin duda le pregunta: —¿Ha perjudicado usted a alguien para conseguir su fortuna? ¿Ha ganado usted su dinero con malas artes? ¿Lo ha empleado usted mal? El poderoso destilador ya no puede hablar. Aprieta cada vez más la mano del sacerdote. Señal de afirmación. Unos momentos después muere. Mientras Michel redacta el certificado, la mujer y la hija de Lavaisne lo remueven todo en la casa de su enemiga. Vacían los cajones, buscan papeles, facturas un posible testamento. Han encontrado los recibos del alquiler y del mobiliario. Todo está a nombre de Lavaisne. Así podrán ponerse a la venta los muebles de la amante. Michel, tras largas vacilaciones, se decide a escamotear la fórmula de ritual: «Fallecido de muerte natural. . .» y certificar simplemente: «Muerto el día...» De todos modos, no deja de ser un caso engorroso. La omisión de «muerte natural», ¿no va a hacer entrar en sospechas al médico forense y a la justicia? Y por otra parte, hacerlo constar en el certificado sería una falsedad que podía llevarle a los tribunales. ¡No siempre es fácil salvaguardar el secreto profesional! Precisamente con esas historias de certificados, Gaspar Becquerel se encuentra en un mal paso. Los Simonet solicitaron sus servicios, una vez se hubo marchado Michel. Fue fácil persuadir a Becquerel de que reconociera «haber asistido a la señora Simonet, que ha puesto al mundo un feto de cinco meses». Pero el médico forense de la ciudad ha tenido la curiosidad de investigar el caso y ha comprobado la existencia de un feto de ocho meses. Mucho trabajo le costó a Becquerel echar tierra sobre el asunto. Sobre todo después de un incidente a propósito de una fractura que aún era objeto de comentarios en el sindicato de médicos. Tiriez, médico de la Compañía de Seguros «La Solidaridad», al examinar su «dossier», encontró una fotografía de una fractura tan limpia, tan perfecta, que abrigó fundamentadas dudas. Justamente, el médico en funciones era Becquerel. Tiriez llamó a Becquerel y le dijo: —Mi querido colega, esta fractura es verdaderamente magnífica. ¡Nadie la podría superar! —No comprendo. . . —¿Quiere usted traerme la placa fotográfica original? Le doy dos días de tiempo. Seremos discretos; pero si no tengo la placa en mi poder dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, presentaremos una denuncia. Dos horas después, se presenta Becquerel con la placa. En medio del hueso, en sentido transversal un vigoroso trazo a lápiz simulaba la famosa e inexistente fractura. —Ya ven ustedes que se trata de un error —explica Becquerel sin inmutarse—. Uno de mis enfermeros, un imbécil. . . No hubo consecuencias. La compañía «La Solidaridad» se limitó a guardar el «dossier» y la placa, junto con otros documentos, en la caja fuerte. Becquerel es diputado. Y le interesa a «La Solidaridad» contar con el mayor número posible de argumentos firmes, por si determinados partidos políticos propusieran en el Parlamento la nacionalización de las Compañías de Seguros. Un caso de diferencia, otro y otro. . . Roy y Holmont atienden también otros casos. Todos los pequeños enfermos van a la escuela Louise-Michel de la localidad vecina, que administran Becquerel y el alcalde diputado Mooreman. Michel y Roy visitan a Mooreman. — Señor alcalde, sería prudente cerrar la escuela. —Está bien —dice Mooreman sorprendido—. Hablaré de ello al consejo municipal. Además, es reglamentario. Pero el consejo municipal no lo entiende así. Sí, claro, existe el reglamento, pero no hay nada que fastidie tanto a los obreros —los electores— como el cierre de una escuela. Los chiquillos vagan por las calles, importunan a las madres, coartan su libertad y les impiden ir a la fábrica. Faltando seis meses para las elecciones no puede hacerse tal cosa. El consejo municipal se opone a ello como un solo hombre. . . —¡Vacunemos! —propuso Becquerel—. Vacunemos obligatoriamente a todos los niños de las escuelas. Entusiasmo. La vacunación está ya decidida. El alcalde de un pueblo es dueño absoluto de la sanidad pública. Ahora

bien, ni Mooreman ni siquiera Becquerel saben que la vacuna no implica siempre una inmunidad cierta, que sólo comienza a ser eficaz ocho días después de la inoculación. . . y, sobre todo, durante la semana subsiguiente a la vacunación, el niño vacunado está particularmente sujeto a los peligros del contagio. Si durante ese período el niño se contagia, ninguna vacuna podrá salvarle. El mes siguiente es horrible. Epidemia de differia. Michel se pasa cuatro noches consecutivas a la cabecera de los chiquillos moribundos. Tos, fiebre, ahogo, crisis de asfixia. Luego se hielan los pies. El frío va apoderándose de los tobillos, las pantorrillas, el vientre y el corazón. ¡No hay nada que hacer! Ni siquiera el suero, medio brutal y desesperado al que a fin de cuentas debe recurrir Michel, puede resolver nada. ¡Cuatrocientos centímetros cúbicos de suero inyectado a uno de los chicos enfermos se manifiestan ineficaces! Todos esos chiquillos están enterados de quiénes de sus compañeros están enfermos y quiénes han muerto. Y dicen a Michel que también ellos morirán. Michel se desvive, lucha sin descanso, miente, consuela, reconforta, arriesga su vida, lleva cada noche a su casa el peligro de un contagio mortal para Evelyne, y ve morir uno tras otro a niños de ocho y nueve años en los brazos de sus madres enloquecidas, sin poder decir nada, sin tener el derecho a acusar a los responsables. Pero antes del día de Todos los Santos, Mooreman llama a Michel para su hijo Jean, un muchacho de veinte años. Hasta entonces había estado al cuidado de Becquerel. Mooreman tenía gran confianza en su amigo. Pero Becquerel no dejará de ser culpable de la muerte del hijo de Mooreman. El muchacho está tuberculoso. Becquerel ha atendido a su salud con la ayuda de píldoras y jarabes. Consultado acerca de la oportunidad de un análisis de esputos, declaró: «¡Oh, no hay porqué alarmarse! No existe el menor peligro!» Sin embargo, el muchacho iba perdiendo cada vez más y Mooreman ha acabado por alarmarse. Ha llamado a Jacquinet, el gran «patrón» y le ha rogado que le dijera la verdad. —No hay nada que hacer —debió de decir Jacquinet—. Su hijo no verá la primavera. Ignórase lo que pueden haberse dicho Mooreman y Becquerel. Lo cierto es que ya no se les ve tomando juntos el tren de París. Jacquinet ha ordenado un tratamiento rígido. Luego ha dicho a Mooreman: —Llame usted a Doutreval. . . Su sistema de régimen y de higiene es un poco original, pero es un médico que sabe lo que tiene entre manos. Mooreman interroga a Jacquinet. Uno arriesga su vida y sacrifica una hora a la cabecera de un moribundo, pero no por eso abdica de su condición humana. Jacquinet, que acaba de visitar gratuitamente a los enfermos indigentes de Michel, que escribe a veces a los pobres: «Si tiene usted que perder un día de trabajo por esperarme en el hospital, venga a mi casa y le cobraré lo mismo» y que percibe así veinticinco francos en lugar de trescientos, ha tenido una reacción bien perdonable. Y ha dicho con tono de suficiencia: —¿Doutreval? ¡Ah, sí, muy bueno! Un médico de barrio, claro está, un hombre experimentado. . . Pero a renglón seguido, porque hay que ser leal, ha añadido: —De todos modos, nada perderán ustedes con ir a verle. Su método tiene cosas buenas. Llamémosle. Por otra parte, Jacquinet ha visto claro: el hijo de Mooreman está bien acabado. —¡Consérvelo un año más, doctor! —suplica Mooreman—. ¡Hágalo vivir un año más! ¡Que lo tenga otro año a mi lado! Lloro. No es más que un desgraciado, un hombre digno de lástima, cuyo hijo va a morir y que ya no cree en nada. Michel, presa de emoción, promete. Probará. Luchará. Una nueva y pesada responsabilidad, una lucha constante, día a día, hora a hora, una lucha tenaz, agotadora y al mismo tiempo exultante, contra la muerte, con la certidumbre de una derrota final, pero sin desalentar ni dejarse batir. Ahí reside la grandeza de la profesión, en esa lucha hasta el postrer aliento, sin esperanzas, con la satisfacción, el orgullo, ya grande de por sí, de haber ahorrado sufrimientos, dado alivio a horas que podrían haber sido atroces, preparado una muerte dulce y apacible. Una mañana temprano, Wilder, el carpintero, llama a Michel. Caso de urgencia, al parecer. Sin lavarse siquiera, Michel se encamina a casa de los Wilder. Su hijo sufre ataques convulsivos. Sin ser grave, la cosa ofrece cierto dramatismo. Los Wilder han perdido la cabeza. Michel se quita la americana, enciende la cocina, pone agua a calentar y prepara jofainas, franelas y toallas. Ha desfajado al niño, lo pone sobre sus rodillas y lo envuelve con ropas húmedas y calientes. Luego un baño total. La criatura vomita un líquido sucio sobre el chaleco de Michel. Y al cabo se tranquiliza y se duerme. A las seis de la mañana, moviéndose entre estropajos, charcos de agua, cubos, jofainas tiznadas de hollín, ceniza y carbón, Michel, en mangas de camisa, con los brazos arremangados, acuna finalmente, satisfecho de sí mismo, al niño amodorrado y enjugándose el rostro, declara: —Creo que por esta vez lo hemos salvado. La madre llora, da las gracias, vuelve a llorar y quiere hacer café. El padre se suena. Michel explica la lección y proclama algunas verdades. Luego de tomar un café inclasificable, se lava las manos y se pone la chaqueta sobre el chaleco salpicado de agua. ¿Qué dirá Evelyne? —¿Qué le debemos, doctor? —pregunta el hombre. Michel conoce a Wilder. Es un pobre Diablo que ha sufrido recientemente dos accidentes de trabajo. —Una visita, Wilder. Quince francos. Michel entra en su casa. Van a dar las siete. Demasiado tarde para acostarse. Le agrada a Michel en esos momentos de fatiga, encontrar a Evelyne levantada, esperándole. La riñe un poco, sólo por guardar las formas, pero está contento de tenerla a su lado, de oírla hablar mientras se afana en preparar las tostadas de pan con mantequilla, el café, el agua caliente para afeitarse, la navaja, la toalla seca, la ropa limpia. . . Y entonces comienza para Michel su trabajo cotidiano de médico de barrio,

según la humillante expresión de Jacquinet. Visita toda la mañana. A mediodía, a la hora del almuerzo, una anciana impedida, que acaba de llegar de Arras en una camioneta y a quien debe examinar en el mismo vehículo. Por lo tanto, reducción del almuerzo. De la una a las cuatro, visitas y más visitas en el pequeño gabinete, demasiado caluroso, que huele un poco a sudor. A las cuatro, Michel, cansado, con la cabeza pesada, sale al jardín a tomar un poco de aire en compañía de Evelyne, a quien su nuevo embarazo obliga, en bien de ella, al reposo. Pero como es sábado, va a efectuar su recorrido semanal, visitar a los que van a morir. Consulta su pequeña agenda con cubierta de piel negra en la que figuran los nombres de todos aquellos que habrán muerto dentro de dos meses. En primer lugar, Borghere. Michel le visita, lo ausculta y ordena unas ligeras modificaciones del régimen. Una palmadita amistosa en el torso descarnado y velludo. Una buena palmadita, cordial, familiar y engañosa. Borghere, reconfortado por toda la semana, sonríe. Cinco minutos en casa de los Labuire. Sentada junto a la cama del parálítico, la vieja Pauline juega a las cartas con su marido. Labuire apenas presta atención al juego. Sus dedos sin vida dejan caer las cartas. La vieja Pauline, paciente, vuelve a empezar el juego colocándole una a una las cartas entre los dedos. Al entrar Michel, avergonzada, trata de excusarse: —No es que eso me divierta, doctor. Aún tengo que lavar la ropa... Pero sólo eso le distrae. María Van Meulen tiene cincuenta años. Parálisis general. Ha perdido el juicio. Pero Víctor, su marido, no quiere que vaya al hospital. Sin embargo, como la mujer se encuentra insoportable, Víctor la ha atado en la cama a la que ha rodeado de una barricada de maderos. Él la cuida, la lava y la limpia. Para alimentarla, se sube a la cama, se arrodilla encima de ella, la sujeta entre sus piernas, masca un pedazo de pan y quitándose de la boca introduce a la fuerza la pasta en la boca de la mujer, mientras ésta blasfema horriblemente y trata de pegarle. Así vive esta mujer desde hace dos años. —¿Qué hay, Víctor? ¿No se decide aún a llevarla al hospital? —¡Oh, no, doctor! Me echaría mucho de menos. Estoy seguro de que a veces aún me reconoce... Una visita a Daudenaerde, una visita a la Comisaría de Policía para certificar la defunción de una muchacha arrollada por el tranvía cuyo hígado surge del vientre como una enorme seta color de encarnado oscuro, y Michel vuelve a su casa. Son las seis de la tarde del sábado. Un poco de descanso con Evelyne en el jardín. Luego, ¡qué gozo! El viejo Citroen se pone en marcha. Al final del camino bordeado de sauces, alguien llama a la puerta. Michel se apea del coche. Es el padre de Francine Ray, la muchacha tuberculosa. —¡Perdone la molestia, doctor... Se trata de mi hija... Quiere verle... Michel, turbado, presa de confusión, trata de excusarse. —Ya sé que no vale la pena, que lo molesto por nada, porque, en efecto, nada puede usted hacer por mi hija. Pero se nos va, doctor. Ha venido el sacerdote. No vivirá mucho tiempo... Usted la ha cuidado muy bien y ella le quiere mucho... Me ha dicho. «Padre, quisiera ver otra vez al señor doctor... »»Por eso me he atrevido a venir. Ya sabe usted, doctor, las ideas y los caprichos que se le ocurren a una enferma... Tiene usted que perdonarme. —Sí, sí... Voy en seguida. Michel entra en el jardín. —¡Pobre Evelyne! Tampoco esta tarde tendremos libre. —¿Qué le vamos a hacer? Gajes del oficio, Michel. —dice Evelyne esbozando una sonrisa. Michel trata de poner en marcha el «Citroen», pero no lo consigue. Se apea y se marcha a pie. El padre de Francine no ha mentido. Francine Ray está muriéndose, lentamente, dulcemente, sin embargo, reconoce en seguida a Michel. Le sonríe y dice con un hilo de voz: —Esto es el fin, señor Doutreval... he querido darle las gracias... ¡Ha sido usted tan bueno conmigo! En este momento no le llama ya «doctor» ni «señor doctor». Es el «señor Doutreval», un amigo. Es de la familia. Francine Ray ha pedido una copa para él, pues quiere que tome un poco de champaña. Señala una flor en un búcaro colocado encima de la mesita de noche. Quiere que Michel se la lleve. Será un recuerdo de ella, porque era un poco romántica, sólo un poco. Diecinueve años. Se le va la cabeza. Poco a poco va perdiendo la noción de las cosas. Se da cuenta de ello y tiene miedo. Y suplica: —Señor Doutreval... Por favor... no se mueva de mi lado. No me deje sola... Michel se queda a la cabecera de la moribunda, al lado de sus padres. Le coge la mano y eso la tranquiliza. Lentamente va sumiéndose en la inconsciencia. De cuando en cuando abre los ojos, unos ojos turbios y extraviados. Y ve a Michel inclinado sobre ella junto a sus padres. Entonces parece disiparse su temor. Michel no se aparta un momento de su lado y la ayuda a morir. Francine ha confiado en él de una manera tan ingenua, tan absoluta y tan hermosa, que sólo con tenerlo junto a ella entrará más apaciblemente en las tinieblas, como si hasta en la hora de la muerte, aquel que fue en este mundo su médico y mitigó sus sufrimientos aún pudiera protegerla. Es tarde ya cuando Michel vuelve a su casa. Le escuecen los ojos. Con paso cansino atraviesa las calles de los barrios obreros, correspondiendo maquinalmente al saludo de los trabajadores y las mujeres que toman el fresco sentado a la puerta de su casa. —¡Buenas noches, doctor! ¡Buenas noches, señor doctor! El Michel Doutreval, su médico, una notabilidad, el más entendido de todos. No suele pagársele, pero para ellos no hay otro como él. Las mujeres le sonríen, le salen al paso los pequeñuelos y las gentes le detienen para hablarle y pedirle consejo. La bonachona mercera de la calle de Louis-Blanc, a quien el año pasado persuadiera Michel para que amamantara por sí misma a su hijo, llama al joven doctor para mostrarle las carnosas posaderas de la criatura. Michel se queda boquiabierto. ¡Son, en verdad, unas posaderas espléndidas! Apoco, la mujer de Borghere le interroga acerca de recetas culinarias,

pues no consigue hacer para su marido un guiso sin manteca ni mantequilla. Michel le dice que con un poco de aceite de cacahuete... Más lejos, los Letilleul, desde la puerta de su establecimiento, le dicen a voz en grito: —¡Nos hemos decidido, doctor! Hemos traspasado la taberna y nos mudamos de sitio. Hacía seis meses que regentaban la tasca. Pero los chiquillos se pasaban el día en la calle, dormían a horas intempestivas, se acostaban tarde y nadie estaba de buen talante. Y acabaron por prestar oídos a los consejos de Michel. Unos metros más allá, sentada en una silla baja y dando el pecho a su hijo antes de acunarlo, estaba Elena, no casada aún, que fue a ver a Michel para hacerse abortar, y que después de haber pasado una hora llorando como una Magdalena en su despacho acabó por conservar al hijo. Michel camina junto a las hileras de casitas que huelen a cebollas. «Sí, claro, un médico de barrio». Recuerda las palabras de Jacquinet sin apenas sentirse zaherido ni humillado. Un médico de barrio. ¿Y qué? Un hombre que anda de la mañana a la noche, continuamente preocupado por su Citroen, que renuncia a unos minutos de asueto para atender a un enfermo que va de mal en peor y que seguramente necesita de él, y que tiene inscritos en su agenda los nombres de los pobres diablitos a quienes ha cuidado, que no le pagarán nunca y a quienes volverá a visitar fingiendo, como ellos, haberse olvidado de todo. Un discípulo de Domberlé, un hombre que predica la verdad, que hace abandonar a los Letilleul la taberna que arruinaba su vida familiar, encuentra un hogar en el campo para una muchacha tuberculosa, convence a los Lausefeld a que empleen menos mujeres en su fábrica, y sustituyan su guardería infantil por un plus a la madre para que pueda quedarse en casa, que asume pacientemente la carga de los demás, y a quien todo el mundo confiesa las taras, los adulterios, las sífilis, los abortos, los asesinatos: porque es el médico y puede hacerse cargo de todas las miserias y todas las culpas que sin vacilar, sin comprender el alcance de lo que hacemos, descargamos sobre sus espaldas. Un hombre que sacrifica todas las semanas una tarde al lado de Borghere y de Daudenaerde, simplemente porque van a morir; que reconforta a una muchacha que acaba de ser madre; que ingiere si es necesario un plato de sopa en la mesa de un obrero para que no se sienta vejado. Que se pasa una noche en blanco junto a una mujer pronta a dar a luz, cuida a un niño enfermo, hace las veces de enfermera, prepara baños, echa a perder su mejor traje y que cuando se le pregunta cuánto se debe, puede contestar con disimulado orgullo: —Sólo una visita, Wilder. ¡Quince francos! Un hombre que, todos los días, debe visitar a quien sus colegas rehúsan ver: a los atacados de difteria, de tos ferina, o de tifoidea, a los sífilíticos y a los tuberculosos; que tiene que aceptar para él y para su hogar, para aquellos que ama, mortales peligros de contagio, sin que los enfermos se den cuenta de ello ni siquiera se lo agradezcan. ¡Para eso es médico! ¡Y médico de barrio! Dejando atrás las últimas casas de suburbio Michel atraviesa el campo en silencio y se encamina a su casa. Sopla, por entre los setos, el viento de la tarde muriente. Algunos murciélagos motean de negro la luz crepuscular. Michel piensa en Francine Ray. Aún le duelen los ojos. ¡Al menos que Evelyne no se dé cuenta de que ha llorado! Se inquietaría y le mimaría a hurtadillas toda la noche sin decir nada. Evelyne se muestra siempre temerosa. Hay momentos en que, en el fondo de sí misma, no se siente segura y aún se reprocha haber sido un obstáculo para Michel, la culpable de su mediocridad... ¿Mediocridad? Sí, quizá a los ojos de los hombres. Sin dinero, una ruda profesión, una compañera enfermiza... Le preocupa a Michel el próximo parto de Evelyne. ¡Y pensar que tenía que casarse con Simone Heubel, vivir en compañía de una mujer robusta, una existencia de lujo, de honores, una vida fácil...! no cabe duda de que a los ojos de los hombres se ha portado como un insensato. Evelyne ha traído consigo la mediocridad a su hogar. Pero en aquel momento, caminando solo a través de los campos, con el corazón oprimido por la muerte de Francine, Michel, súbitamente lúcido, comprende que ha seguido la senda de la verdad y que debe a Evelyne el único y verdadero goce accesible al hombre... Han sido las miserias de Evelyne, su enfermedad y sus sufrimientos los que le han hecho comprender a Domberlé; lo que le ha proporcionado, con la salud y la sensatez, el inestimable poder de consolar y curar. Después de Domberlé, ha sido Evelyne quien a su vez ha pagado por él y por todos los demás. Sólo gracias a ella Michel ha alcanzado el esplendor de la verdad. Es sin duda un hermoso destino llegar a la verdad por la senda del amor. Y también a la caridad. Evelyne ha salvado en él lo mejor del hombre: el corazón. Por ella se ha desprendido de las mentiras del dinero, conociendo la vida tal cual es, acercándose al dolor y a la pobreza que, en su desesperada realidad, han hecho de él un hombre a través del sufrimiento. Por Evelyne ha aprendido a amar a sus semejantes por encima de sus miserias, sus bajezas y ruindades. Por ella, la criatura humana, a pesar de su mezquindad y su inteligencia, se ha revelado a él con toda su crudeza y ha sabido verla de la única manera que jamás decepciona; como una tierra inculta en que hay que sembrar la verdad, como una ocasión de hacer don de uno mismo, como una conquista a emprender. Y a ella debe su recompensa: una humilde popularidad, la sonrisa y los saludos de los chiquillos de la calle a quienes ha curado el sarampión, y de vez en vez, como acaba de experimentarlo a la cabecera de Francine, una de esas emociones breves, de una magnífica intensidad, cuyo recuerdo guardará en su corazón toda la vida. Todo eso no lo hubiese experimentado a no ser por Evelyne. Es una deuda que tiene contraída con ella, que ha conservado en él la facultad de emociones, de hacer entrega de sí mismo, de amar. Ella ha sido su

moral y su conciencia. Ella ha salvado su juventud. En la oscuridad, caminando por el sendero bordeado de sauces, la amada y bendita imagen no se aparte de la mente de Michel. Con el corazón rebosante de gratitud y de ternura acelera inconscientemente el paso. Quisiera estar ya junto a Evelyne y decirle todo lo que está pensando. Eso es el amor. Por encima de las dudas, el cansancio, el desaliento, las tentaciones, los momentos de desesperación en que Michel ha creído haber dejado de amar, cometer una locura según el buen sentido de los demás, al final de esa caminata a través de la oscuridad, una nueva luz, un resplandor hasta ahora sólo presentido, ha iluminado su alma. Ha sido preciso renunciar a todo, abdicar de sus ambiciones, de su orgullo y hasta de la esperanza de ser todavía feliz; aceptar la pobreza, la miseria, las incomodidades, la enfermedad y la muerte. Un día tras otro, a costa de su sudor y de sus lágrimas, ha sido preciso sostener a Evelyne y mantenerla con vida. Ella ha vivido para él, le ha hecho don de su propia fuerza, de su propia sustancia. Saber que Evelyne está contenta, procurarle una tarde y una noche tranquilas, despertar su sonrisa, aliviar su dolor, aventar o suavizar un mal recuerdo, distraerla, consolarla, educarla, éstos son los únicos goces que espera todavía de ella. Como así lo quiere Domberlé, ha vivido una existencia de místico y ha accedido a desempeñar el insensato papel de cargar con la cruz de un miserable, de expiar con ella el pecado de los hombres. Y he aquí que ha sobrevenido el milagro. Desde el día en que consintió hasta en la extinción del amor, en que nada pidió ni esperó de Evelyne, en que se consagró a ella sin desear nada a cambio, sin cálculos ni esperanzas, un nuevo amor ha brotado, purificado, triunfante, indestructible, libertado de su humanidad, de la servidumbre del egoísmo. Él, que había renunciado al mundo, que había querido limitar sus horizontes y su vida al rostro afilado de esa pobre criatura destinada a la muerte, se ha dado cuenta de que en su misma miseria, en esa misma desnudez, ha encontrado el entusiasmo, el esplendor, las emociones y los goces que el mundo entero no le hubiese deparado. En ellos hallará sus razones de vivir, sus energías, toda su recompensa... Precisa creer que todo hay que merecerlo; verdad, gracia y genio. E incluso el amor. El amor del hombre y de la mujer ¿acaso no sería, como lo restante de la vida humana el símbolo, el reflejo de una gran obra de amor y redención? Pues también el amor exige y promete: «Abandóname y me encontrarás». Ha sido necesario que Michel olvidara, renunciara, se despojara del egoísmo, y, finalmente, según la Epístola del matrimonio, consintiera en morir por un semejante. Ha sido necesaria una obra de redención. Pero ahora, purificado de todo cuanto quedaba en él de material y terrenal, ama con un cariño nuevo e indestructible y puede decir al ser amado: —¡Te amo! Por encima de las tristezas y miserias de tu ser humano, de tus flaquezas y de tu desnudez, y también a causa de ellas; por los renunciamientos, la servidumbre, los sufrimientos, los sudores y las lágrimas que me has costado: ¡te amo!. CAPÍTULO Séptimo. A fines de septiembre de 1938, con motivo de la movilización parcial que precedió a la entrevista de Munich, la quinta de Michel fue llamada a filas. Partió con casi un día de anticipación. Tenía que pasar por París y no quería incorporarse al ejército sin despedirse del maestro a quien Evelyne debía la salud y él la verdad. Encontró a Domberlé en su casa de Saint-Cyr, donde el anciano médico, desde que se marchó del sanatorio, efectuaba todos los días algunas consultas. Domberlé, cansado y envejecido, apenas salía. Había sufrido una caída que le había lesionado la espina dorsal y llevaba el tronco enfundado en un corsé de cuero y de hierro. —Eso me faltaba —dijo—. Ahora sí que sé lo que es la vejez. Hay que tener paciencia, Doutreval. Hablaron de la guerra. Domberlé se mostraba escéptico: no creía en ella. Era uno de esos que no obstante haber advertido las causas del mal y profetizado el próximo castigo, no llegan a aceptar como posible el horror del porvenir que han entrevisto. —No —dijo—, es imposible. Confío en un milagro. Sería demasiado horrible. —Pero no se asoma uno impunemente al abismo —objetó Michel—. Y ya ve usted que cada vez estamos más cerca de él. Francia es una víctima propiciatoria. Una vida demasiado fácil, un egoísmo desenfrenado, el concepto materialista de la vida que se ha predicado a las masas, innumerables torpezas, el trabajo femenino en la fábrica, la vida en las ciudades, la taberna, el descenso de población, han causado tales estragos que apenas puede uno imaginárselos. —Una enferma con escasas defensas naturales —murmuró Domberlé—. Víctima señalada por la enfermedad, revolución o agresión armada... Evidentemente el cuerpo social reacciona como el organismo individual... Reflexionó un momento y movió la cabeza. —¡La guerra! ¡Pobre pueblo! ¡Pobre Francia! —Sí —dijo Michel—. Sólo entra en mis cálculos la posibilidad de una victoria. Y para nosotros, moralmente una victoria constituiría ya un desastre. ¡Qué orgullo, qué afán de placeres, qué liberación de nuestros peores instintos...! sería conveniente que la victoria nos dejara exangües para que no nos sumiera en una fulminante decadencia. —Sea cual fuere nuestra victoria, Doutreval —dijo Domberlé—. Sea cual fuere la salida de esta guerra, el porvenir de nuestra civilización conocerá la decadencia si no modificamos totalmente nuestro modo de vivir. Una vez terminada la guerra y restañadas las heridas, lo que ocurrirá pronto gracias al maquinismo, ¿qué será entonces de los pueblos? —Me imagino —contestó Michel— que conocerán días de opulencia y de felicidad, lo que ellos denominaban la Felicidad: la semana de treinta o de veinticuatro horas, el auto al alcance de todo el mundo, vacaciones, alimentación completa y variada, la distracción, el placer y todo eso de una forma de la que ni siquiera

podemos formarnos idea. Arrumbadas las trabas aduaneras y psicológicas, las naciones, gracias al intercambio y al maquinismo, tendrán acceso a la abundancia. Esto durará cincuenta, cien años... —Exactamente —dijo Domberlé—. Y lo que luego sobrevendrá lo sabe usted, Doutreval, tan bien como yo: asistiremos entonces a una aterradora degeneración de la raza blanca, de los pueblos civilizados. La abundancia «incontrolada» es la muerte de los pueblos y de las civilizaciones... —Sin embargo —observó Michel—, la abundancia, la distracción y las comodidades son en sí un bien. —Sí. Con tal que el hombre las utilice en primer lugar para fomentar su cultura y su elevación de espíritu. Ahora bien, hasta hoy día sólo han sido para él instrumento de goces mezquinos. »No cabe duda —prosiguió—, de que el gran peligro que amenaza la raza blanca no es la revolución ni la guerra, sino el maquinismo, el ocio, la facilidad y la sobreabundancia. Tenemos el ejemplo: la más magnífica nación que en el mundo haya sido, pereció por haber querido el trigo madurado bajo otros cielos, las legiones mercenarias y los juegos circenses. La vida en las ciudades, los trabajos sedentarios y malsanos de la fábrica, los ocios embrutecedores y sin control, la alimentación artificial, química, industrial o sobreexcitante y concentrada en demasía, los excesos de carne, de azúcar, de alcohol, de tabaco, de café, de conservas y de productos farmacéuticos, ese modo de vivir inadecuado para el hombre, conducirán irremisiblemente a una rápida decrepitud por el camino del artrismo, esa vejez de los pueblos. No la impedirán ni vacunas, ni sueros, ni laboratorios, ni sanatorios, ni remedios específicos. Y llegado este momento, por bella que nuestra civilización europea haya sido, se hundirá rápidamente dejando un vacío tal vez mayor que el que dejó Roma. ¿Me mira usted? ¿Cree usted que exagero? —No —repuso Michel—. Pero todo eso es muy sombrío. —Todo eso sería sombrío si el progreso, la perceptibilidad, no fueran la única ley. —Cierto— no puedo creer, es imposible que todo el esfuerzo de la inteligencia humana para evadirse del bruto, para mejorar su condición y hacer uso para su bienestar, como es justo, de las fuerzas de la naturaleza, tenga que concluir con ese desastre. ¡No por eso nuestros sabios y nuestros hombres de ciencia se han afanado desde hace tantos siglos! —Tiene usted razón —afirmó Domberlé—. Llegaremos a utilizar cuerdamente el regío don de la ciencia gracias a la medicina, de vuelta de sus aberraciones y con la primordial misión, en adelante, de procurar que el hombre retorne a la naturaleza. »¿Se producirá eso a largo plazo? Tal vez no. En todo caso, está escrito. La verdad acaba siempre por triunfar. —Suceda lo que suceda, la medicina del mañana tiene una magnífica misión que cumplir. —Sí, amigo mío; comprender los errores, escapar a la multiplicidad de los males y del sintomatismo y volver a una noción unitaria, general, humoral de la salud y de la enfermedad. Y luchar para educar a los hombres, instruirlos desde la infancia acerca de las causas reales de nuestros males, de las leyes que rigen al ser humano y de la necesidad de una alimentación a base de cereales y frutas a la que está fisiológicamente adaptado. Evidentemente precisará para ello de la ayuda del legislador. —Sería necesario a tal fin efectuar importantes modificaciones en nuestro actual sistema de sufragio supuestamente universal —objetó Michel—. Este aparente gobierno del pueblo por y para el pueblo es, en realidad, un instrumento de sujeción en manos de algunas minorías poderosas... Precisaríase que las selecciones y no me refiero solamente a las selecciones del dinero o del saber, sino a la selección del trabajo, haga oír su voz de una manera más completa. Las pobres masas, de por sí rehúyen instintivamente el esfuerzo y van en pos de quienes predicán las cosas fáciles y placenteras, de quienes las envenenan para explotarlas. —Es cierto —confirmó Domberlé—. Será necesaria la preminencia de las selecciones, de las selecciones de todas las clases, pues abundan por doquier los individuos dotados de buen sentido capaces de comprender las justas reglas de la vida. ¿Qué es difícil dar con ellas? Es verdad. Todo se reduce, en suma, a encontrar un medio de catalogar al hombre según su valor moral para otorgarle, al margen de toda consideración de rango social o de fortuna, una parte de derechos políticos proporcionada a ese valor moral. —Podrían utilizarse «signos exteriores» —dice Michel. —¡Claro! La familia, la calidad profesional, la actividad altruista... Así, con el apoyo de la verdadera selección, el legislador podrá ayudar prodigiosamente al esfuerzo de una medicina informada de todas las leyes del orden individual, favorecer el género de vida más saludable para todos, orientar provechosamente el trabajo, la alimentación y el espíritu de todos... »Adiós, querido Doutreval. ¿Volveremos a vernos? En todo caso, si no nos volvemos a ver en este mundo, ¡ojalá mis palabras hayan sido proféticas! Ojalá pueda la medicina, en el momento en que vayan a chocar los mundos, comprender su misión y alcanzar con la verdad el destino único que le está hoy designado. Pues no dispone en verdad de un siglo para salvar nuestra raza blanca, nuestra civilización, el maravilloso florecimiento intelectual moral y religioso de dos mil años de humanismo y de cristianismo. A la mañana siguiente, al llegar a la estación del Este para tomar el tren de Chalons-sur-Maine, tuvo Michel un feliz encuentro. En medio del tumulto de los movilizados, de mujeres y niños, un orondo teniente con uniforme caquí, con un cuello encarnado en el que aparecía bordado un caduceo, le dio sonriente una palmada en la espalda. Michel reconoció a Belladan, su antiguo compañero en la Facultad. Belladan, ahora inspector general de Seguros Sociales, iba también a Chalons a incorporarse al Ejército. Iba en coche. —Te llevo conmigo —dijo. Michel fue en auto a Chalons con Belladan. Hablaron de Tillery, Seteuil y Santhanas, de los viejos «patronos»

de la «Fac». Así el camino se les hizo corto. Una inverosímil baraúnda de hombres, soldados, camiones, automóviles y vehículos militares, un hormiguo en ebullición, llenaba las calles, las plazas y los paseos. Abriéndose paso a través de ese tumulto, Belladan condujo a Michel a las oficinas del hospital militar, donde se despidió de él. Después de cumplir con las primeras y rituales formalidades, Michel se presentó al teniente coronel mayor Marchelier, bajo cuyas órdenes había de trabajar. Marchelier, médico militar, jovial, barbudo, curtido por diez años de colonias, asignó a Michel la misión de inspeccionar la labor de las enfermeras encargadas de la desinfección de las salas de cirugía menor. Allí el recién movilizado se ocupó toda la tarde en dirigir al personal. Las siete. Era ya de noche y desde hacía mucho tiempo se habían cerrado los anchos ventanales y encendido la luz eléctrica. De pronto, una voz fuerte resonó en los pasillos llamando a Michael. —¡Doutreval! ¡Doutreval! ¿Dónde se esconde ese pajarraco? Michel reconoció la voz del teniente coronel Marchelier. —¡Oh, qué limpio está eso! ¡Y qué actividad! Diga, amigo, es usted de Angers, ¿verdad? Entonces vaya en seguida al pabellón Dupuytren. Hay alguien que pregunta por usted. Michel se despojó en un santiamén de su bata blanca, se puso el dormán y bajó a través de las tinieblas del patio. La noche era muy oscura. En los patios, las sombras se movían, entrechocaban en la oscuridad y se desatan en juramentos. Una vaga luz azulada denunciaba aquí y allá un reverbero «camuflado». Después de varios tanteos, vueltas y revueltas, choques y topetazos, Michel, guiado por un soldado armado casualmente de una lámpara de bolsillo, llegó al pabellón que le habían indicado, franqueó el umbral, siguió un pasillo y penetró, deslumbrado, en la sala de la planta baja profusamente iluminada. Varios enfermeros se afanaban arriba y a bajo de una doble hilera de camas vacías cubiertas con sábanas limpias y bien planchadas. Al fondo de la enorme sala, de espaldas a la puerta de entrada, un comandante de aventajada estatura, delgado, sin nada en la cabeza, de cabello abundante y completamente blanco, pero de movimientos ágiles, embutido el torso en un viejo dormán color azul celeste con un cuello de terciopelo granate, daba instrucciones y señalaba con la punta de un bastoncillo de junco con un embaste de oro, una hilera de camas que había que cambiar de sitio o una puerta de salida que era necesario despejar. Al oír abrirse la puerta se volvió. Acabó de dar sus órdenes y luego se dirigió lentamente hacia donde estaba Michel. Apoyábase en el bastón de junco de una manera tan natural que apenas se notaba su cojera. Iba acercándose. Su rostro afilado, un poco arrugado y avejentado tenía una palidez y una rigidez singulares. Sonrió a Michel con un esfuerzo que contrajo sus facciones en un rictus doloroso. —¡Qué hay, Michel! Un cambio profundo debía de haber ocurrido en un hombre como Jean Doutreval; sí, un gran cambio moral para que fuera al encuentro de su hijo, para que de él partiera la iniciativa. A Michel se le humedecieron los ojos al pensar en la humillación que su padre se había impuesto. Sintióse impelido a arrojarle en sus brazos, pero no se atrevió. Sólo se limitó a coger entre las suyas la mano que le tendía Doutreval y a estrecharla larga y fuertemente. —He sabido que habías llegado —dijo Jean Doutreval con el tono de voz ligeramente ronco con que hablaba cuando pretendía ocultar una fuerte emoción—. He rogado a Marchelier que mandara llamarte... He pensado que en circunstancias como éstas sería agradable volver a vernos, ¿no crees? —Si yo hubiera sabido, padre, yo mismo habría..., pero no podía sospechar siquiera... —¿Qué estaría aquí, como tú? Pues ya lo ves. Me incorporé al servicio hace tres días... He pensado que tal como van las cosas quizá necesitaran de mí... El tono de su voz se había aclarado. Hablaba ya normalmente, y sonreía. —Telegrafíé a mi viejo amigo Marchelier... A pesar de mi pata coja, en seguida ha encontrado trabajo para mí. ¡Bah! Al fin y al cabo no será mi pierna ningún obstáculo para que pueda remendar las de los demás, ¿y tú? —También movilizado, padre. —Sí, sí... ¡En fin! esperemos. No puedo creer en esta guerra. —Nunca te escribí —dijo Michel penosamente—. Tuve miedo... Temí una mala acogida por tu parte. Cometí muchos errores contigo... —También yo tuve miedo —confesó Doutreval—. Miedo de que no me contestases, de que no me perdonases. Miedo de un nuevo sufrimiento... Porque he sufrido mucho desde que tú te marchaste. Sonrió débilmente y prosiguió: —También yo me sentía culpable respecto a ti. «¡Escribe! ¡Escribe!», me decía Fabienne. Jamás me atreví... En fin, creo que esta noche hemos reparado el mal, ¿verdad, Michel? Más tarde volveremos a hablar de ello. Bueno, ahora tú y yo tenemos trabajo. ¿Estás libre esta noche? ¿Quieres que le pida a Marchelier...? me gustaría que pasáramos un rato juntos. —Había ya terminado. No tengo nada que hacer. —Estupendo. Levantó el brazo y consultó su reloj de pulsera. —Las siete. Si te parece bien, nos iremos a cenar. Espera un momento. Dio algunas instrucciones a los enfermeros, se reunió de nuevo con Michel y lo empujó hacia la puerta. —Pasa tú primero ¿Tienes coche? —No. —¡Qué lástima! Estoy muy cansado. En fin ¡qué más da! Salieron juntos y bajaron casi a tientas las escaleras que conducían al patio. —¿Dónde comemos? —dijo Doutreval. —Donde tú quieras, padre. —Entonces, a la «Haute Mére de Dieu» —repuso Doutreval—. Es el mejor restaurante de Châlons. Curioso y bonito nombre, ¿verdad? ¡Oh, qué noche! A través de las tinieblas, caminaron junto a la pared que rodeaba el patio. Al salir del hospital se dirigieron a la Gran Place. La noche era cerrada y a cada momento tropezaban con sombras indiscernibles. Por toda iluminación, la minúscula y fúnebre estrella azul de una embozada e inútil farola de gas. Los transeúntes tropezaban unos con otros, bajaban de la



acera, vacilaban ante los charcos de agua, y de pronto aparecía súbitamente la masa casi invisible de un auto con los faros apagados. Todo ese bullicio era originado por los seres más diversos; paisanos y soldados, oficiales y enfermeras, grupos de borrachos y familias enteras que, incapaces de irse a dormir, deambulaban angustiosas por las calles de la ciudad, en busca de noticias o de un motivo cualquiera para esperar. Todos esos seres erraban lúgubremente y se daban de topetazos en la oscuridad. De cuando en cuando se abría una puerta, proyectaba en la negrura una turbia claridad y, por espacio de cinco segundos, ofrecía el espectáculo de una taberna abarrotada de hombres de uniforme, bebiendo, fumando, envueltos en una espesa humareda de tabaco y accionando en medio de una barahúnda indescriptible. Luego, una vez cerrada la puerta, la tenebrosidad era aún más densa, acuchillada de vez en vez por el haz de luz de una lámpara de bolsillo que iluminaba esa batahola de sombras que entrechocaban y se movían confusamente a través de una oscuridad siniestra moteada de puntos azules. Aquí y allá algunos cines abrían sus bocas cavernarias. Grupos compactos se adentraban en ellas, y de cuando en cuando se percibían en la calle risas apagadas procedentes del interior de aquellos antros. El hombre necesita olvidar. Doutreval, precediendo a Michel, consiguió abrirse paso a través de la muchedumbre que esperaba turno a las puertas de los restaurantes. Llegó acompañado de Michel a la «Haute Mére de Dieu». Tuvieron que franquear una barrera de cortinones, colgados en la entraña a modo de parapeto. De pronto, después de las tinieblas del exterior, se encontraron, deslumbrados, en una espaciosa sala, alta de techo, pródigamente iluminada, con espejos, arañas, cristales, manteles... Todo ello ofreció un encanto singular. Oficiales de uniforme caqui y aviadores con un elegante traje azul oscuro, cenaban en grupos de cuatro o cinco, diligentemente servidos por camareros con la frente bañada en sudor. Doutreval y Michel comieron mal y rápidamente sin apenas darse cuenta de lo que servían. ¡La guerra! ¡La guerra! Tal era el tema único de todas las conversaciones. Doutreval no podía creer en ese horror y esperaba todavía el milagro. Después de una cena frugal, se levantaron de la mesa para dejar sitio a otros clientes, y se adentraron de nuevo en la oscuridad. Dándose de trompicones con la gente, se encaminaron al hospital. Michel, en pos de su padre, posaba su mano sobre el hombro de Doutreval para no perderse en medio de aquella confusión de seres vagando en una noche siniestramente oscura. Llegaron por fin al hospital, enfilaron los largos y blancos pasillos apenas iluminados por lámparas encapuzadas y subieron al tercer piso. —¡Esta es mi jaula! —dijo Doutreval, empujando una puerta—. Entra. Algunos libros junto a la cabecera del lecho de campaña. Debajo, un par de botas esmeradamente embetunadas. Una fotografía de Mariette con un marco de cristal, exornaba la tablilla del radiador. En una silla, un haz de ropa blanca, camisas y cuellos duros en espera de que el ordenanza se hiciera cargo de ello. Todo en Doutreval era ordenado, limpio, de una elegante sencillez. Evidentemente aquella estancia daba la impresión de que Doutreval había organizado su vida. Le sorprendió a Michel ver en el antepecho de la ventana un perrito de trapo montado sobre ruedas, un juguete completamente nuevo provisto aún de la etiqueta de la tienda. —Séntate —dijo Doutreval. Sentóse en la cama frente a su hijo, estiró la pierna enferma y miró a Michel. —Estoy muy contento de volver a verte, Michel. —Yo también, padre. Observáronse un instante en silencio. Rememoraban sin duda el pasado que vivieron separados y que se alzaba entre ellos como un muro. Era doloroso. Aunque dos seres se hayan comprendido, querido y reconocido los errores de cada uno, las heridas que mutuamente se han inferido han dejado huella. Pasado el tiempo no existe ya el sufrimiento, las heridas se han cerrado, pero en lugar de las cicatrices queda un corazón escéptico y endurecido. Y la vida es demasiado corta para que pueda volver a florecer lo que ya está agostado. Jamás deberían los hombres odiarse. ¿Por qué, si hay tan poco tiempo para amarse? Doutreval hurgó en sus bolsillos, en busca de su eterno cigarrillo. —¿Dónde estás ahora? ¿Qué haces? —En el Norte. ¿Y tú, padre? —En Brison, Cerca de Aix. Con los Droux, ¿Te acuerdas de aquel pueblecito...? —¿Has ido a vivir allí? ¿Te has jubilado? —No —dijo Doutreval—. Hemos tenido que marcharnos de Angers. Movi6 la cabeza en dirección a la tablilla del radiador. —Ya sabes que murió. —Sí. Lo supe. —Continúo trabajando. Investigando... Pero he fracasado— ¡Todo ya ha terminado! ¿Mi obra? ¡Que se vaya al diablo! Me he dado cuenta demasiado tarde de que me había equivocado. —Pero ¿era preciso abandonarlo todo? —Sí. Me había comprometido demasiado. No me quedaba más remedio que callar y tratar de que se olvidaran de mí. —¿Has sacrificado toda tu vida! —¿Qué más da! Tal vez se pueda aprovechar algo de mis trabajos. Ya se encontrarán otros procedimientos. Se habla del electrochoque. ¿Por qué no? Sea lo que fuere, no creo en esa medicina de choque. Es demasiado brutal. De todos modos, eso es cuestión de los que me sucedan. ¿Crearás que mi obra no me inspira más que asco? Casi me avergüenzo de ella. He olvidado al hombre. He abusado del derecho que uno tiene a practicar experiencias sobre el ser humano... —¡De buena fe, padre! —La buena fe no basta. No debemos buscar en nosotros una regla de conducta. No puede uno fiarse de sí mismo. ¡Con qué facilidad se miente! Se denomina Ciencia lo que no es más que orgullo. Y tampoco es la ciencia, Michel, un Dios que tiene respuesta para todo. En nombre de la Ciencia hubiera tenido perfecto derecho a continuar mis martirizadoras experiencias sobre unos pobres dementes. Es necesario algo

más que la Ciencia... La moral... —terminó en voz queda, como a pesar suyo. »En todo caso —prosiguió—, y esto es lo que quería decirte, todo ello ha absorbido mi atención. El trabajo, hijo mío, puede constituir una forma de egoísmo. He tenido abandonada a Fabienne. Le he dejado hacer lo que quería. En una palabra... ¿No te han hablado de ella? —No, nunca. —Pues Fabienne ha... se ha... en fin, que ha tenido un hijo... un chico... Por esto me marché. —¡Fabienne! —exclamó Michel—. ¡Fabienne! ¡Padre! —Es culpa mía —murmuró Doutreval. Transido de dolor, explicó el drama en breves palabras. Michel se daba cuenta del sufrimiento de su padre, pero éste no omitió nada, ni el nombre odioso de Guerran. Un cambio profundo se había operado en el ánimo de Doutreval. —Y ahora ¿vivís los dos allí? —preguntó Michel. —Sí. Ejerzo mi profesión. Visito a los veraneantes que van a Aix. Me voy defendiendo. Fabienne cuida de la casa. Los domingos los pasamos con los Droux. «Abandonad las dilatadas esperanzas y los grandes pensamientos... ». He seguido el consejo y he renunciado. —¿Eres feliz? —Sí, Michel. ¿Por qué no? Se me figura estar despegado de todo, de vuelta de todo; haber visto y conocido todo y calibrado la vanidad de todas las cosas; humanidad, familia, dinero, honores, hijos... en adelante, uno se imagina incapaz de interesarse por nada en el mundo, de encariñarse por algo, y luego —y señala con la mirada el perrito de trapo—, sobreviene una criatura, un nieto. Y por esa criatura, ese viejo corazón que parecía muerto vuelve a latir, a inquietarse, a temblar, a entregarse..., en fin, que vuelve a vivir. Bajó la cabeza, permaneció un instante como abstraído, y su rostro pareció iluminado con una débil sonrisa. —¿Y tú? —prosiguió—. ¿Te han ido bien las cosas? —Sí —dijo Michel. —¿Qué has hecho después que...? —Me casé. Terminé mis estudios. Un viejo médico curó a mi mujer... ahora ejerzo en el Norte. —Sí. Estoy enterado. ¿Estás contento? —Mucho. Soy un médico de barrio. Vamos tirando. Tengo un chico, Evelyne... mi mujer, espera otro hijo. Trabajo mucho. No somos ricos, pero sí dichosos. —¿Dichosos? Michel reflexionó un instante. —Sí... lo somos. No se trata de lo que otros llaman la felicidad, pero creo poder afirmar que somos dichosos. —Así que la vida no te ha decepcionado... Michel vaciló un instante antes de responder... —No —dijo—. No. —Entonces, me he equivocado. Tus sufrimientos no han sido los que yo... —Sí —dijo Michel—. Estabas en lo cierto. He sufrido mucho, por ella y con ella. Pero a pesar de todo..., o, mejor dicho, a causa de eso... Sí, a causa de eso he sido feliz. —Sí —murmuró Doutreval—. Ya comprendo... Permaneció un instante pensativo. Luego dijo lentamente: —Lo inexplicable es esto. Que uno quiera perderse por otro y que, perdiendo, salga uno ganando. ¡El amor! ¡Todo el misterio de la existencia! Que uno se avenga a perder y perdiendo gane. Lo único que tal vez me haga creer un día. En el fondo, quizá hayas escogido el mejor camino... Jamás había dicho Doutreval tales palabras. —Bueno —prosiguió—. Te veremos ¿verdad? Irás a Aix de cuando en cuando... Tenemos que vernos más a menudo y es necesario que conozca a tus hijos. Hemos perdido unos años valiosos... ¿No te parece horrible no disponer más que de una vida y darse cuenta de que ha transcurrido con la velocidad de un rayo y que la hemos desperdiciado? Dio un suspiro y se levantó. —¡Bah! No nos pongamos melancólicos. Son las diez, Michel. Buenas noches. Escríbeme. No, no, no tendremos guerra. Escríbeme en cuanto regreses. Irás a Aix a pasar las vacaciones de verano. Me lo prometes, ¿verdad? Acompañó a Michel hasta el rellano de la escalera... —Yo no bajo a causa de mi pierna... No te digo hasta mañana porque no estaré aquí. Salgo para Mourmelon, donde tengo que organizar un servicio... Nos volveremos a ver por las vacaciones... o en la guerra. Tras un instante de reflexión dijo con voz apagada: —Y si a pesar de todo estallase, mándame en seguida el número de tu unidad y el nombre de tu coronel, para que me avisen inmediatamente en caso de que te sucediera algo... ¡Pero no, no habrá guerra! ¡Vamos, dame un beso, hijo mío! Presentó a Michel su enjuta mejilla que, aunque rasurada, picaba un poco. También él le dio un beso fugaz. Dejó a Michel y se encaminó cojeando hacia su cuarto a través del largo pasillo débilmente iluminado. No se volvió ni una sola vez. A la mañana siguiente, mientras estaba trabajando, los gritos de un grupo de hombres harto bebidos dieron a Michel la noticia. —¡La paz! ¡La paz! —¡Viva Daladier! ¡Viva Chamberlain! —¡Hay que celebrar la paz! Michel abrió la ventana del despacho donde trabajaba. En aquel momento doblaron la calle una banda de hombres beodos, vacilantes, accionando y enarbolando botellas. Por esos hombres borrachos deambulando a través de la ciudad, se enteró Michel de que la guerra había sido evitada. Al atardecer del mismo día, Michel se dirigió hacia el Norte en una camioneta militar. El coronel Marchelier aprovechó la ocasión de tener que enviar algunos ayudantes a Lille y a la región franco-belga para proveer a Michel de un permiso. —Estará usted más cerca de su casa cuando le desmovilicen —dijo—. ¡Feliz muchacho! La carretera, despejada hasta Cambrai, comenzó, pasada esta ciudad, a atascarse con convoyes y más convoyes que hasta Douai y casi hasta Lille obligaron al coche a marchar lentamente detrás de las caravanas interminables: enormes camiones entoldados, abarrotados de cajas de obuses y municiones, cañones arrastrados por achatados tractores, ambulancias, furgones de avituallamiento, tanque orugas, autoametralladoras, coches blindados... Todos esos vehículos, con una marcha uniforme y monótona, con el ronquido de los motores, el opaco zumbido de los Diesel, el fragor de las cadenas de acero sobre el pavimento, discurrían cual un largo río metálico. Delante de la camioneta, Michel veía marchar, lento,

pesado y robusto como un paquidermo, un gigantesco auto blindado encapuchado con un enorme entoldado. Como una ciclópea bestia sin ojos, seguía adelante conducida por hombres invisibles. Sólo en lo alto, en la cima de la torrecilla, un soldado había quitado el casquete que la coronaba. Por el agujero emergía su cabeza. Sólo se divisaba un rostro rígido y enjuto, cubierto con un casco de metal y el cuello circuido de un cordón de cuero. Desde la altura en que estaba situado, dominaba los vehículos, la carretera y la muchedumbre que discurría silenciosamente a ambos lados de la carretera. Aquel soldado prisionero del blindaje, presa sin duda de angustia y disimulando su inquietud, el rostro en tensión, oteando a lo lejos, más allá de la espesa y azulada humareda que esparcía el convoy, parecía la trágica imagen de carne y hierro de la guerra. ¡la guerra! El nubarrón siniestro se alejaba, pero su sombra se cernía aún sobre las carreteras, los convoyes, sobre los hombres que seguían su camino sin detenerse, sobre el semblante de la muchedumbre oprimida, consternada y silenciosa, fijos los ojos en ese tumultuoso río de metal; que no olvidaba la invasión y la devastación que se resistía a creer, después de una semana de agonía, que la garra de acero que le estrujaba el corazón se hubiera finalmente relajado. Poco antes de llegar a Lille, la camioneta logró adelantarse al convoy y seguir vía libre. Los enfermos tenían que alcanzar Dunkerque, pero Michel debía hacer alto en el sanatorio de Saint-Jans-Cappelle, al pie del Mont-Noir. En atención al doctor, el coche dio un rodeo. Por el empinado y agreste camino, Michel emprendió la ascensión al Mont-Noir. Jamás había visto tan bellos parajes otoñales ni una campiña tan dulce y apacible como aquel verdusco rincón de Flandes, perdido entre las boscosas hondonadas. Negros pinos parecían montar la guardia en lo alto de un barracón. En algún hueco de la montaña un arroyuelo murmuraba su dulce y eterna canción. Una liebre cruzaba de un salto el camino y desaparecía en la espesura de un seto. A la izquierda, en un calvero, había un cementerio militar, recuerdo de la guerra del 14. En una extensión de hierba, de un maravilloso frescor, se alineaban unas piedras cúbicas de una blancura inmaculada. Tumbas de soldados, tan limpias, tan pulcras en medio de aquella quieta inmensidad, que el pensamiento de la muerte se le antojaba a uno menos siniestro. Mugía una vaca. De pronto, quebraron el silencio los claros y melancólicos sonos de la campana de Saint-Jeans-Cappelle. En aquellos campos, en aquella dulzura otoñal, había, disipada ya la horrible amenaza de la guerra, algo así como una magnífica y emocionada promesa de fecundidad, de alegría y de paz. Dentro de algunos días, Michel volvería a ver su ciudad, los rostros familiares, los obreros, las mujeres, los chiquillos y oíría las voces conocidas: —¿Ya está usted de vuelta, señor doctor? Y volvería a ver, por entre los árboles, la vieja y puntiaguda techumbre de tejas de su casa; el sendero bordeado de copudos sauces de verde y plateado follaje. Y, sin duda, en medio del camino, de pie, una figura blanca y delgada, llevando de la mano a una criatura que apenas puede sostenerse. Un rostro querido, quebradizo como la cera, feliz y ansioso, atisbando a lo lejos del camino si llega finalmente la esperada silueta. ¡Evelyne! Una vez más, Michel, como impelido por todas sus fuerzas anímicas, se traslada en su imaginación al lado de la mujer amada y estima la deuda que tiene contraída con ella. Evelyne le ha moldeado de nuevo, lo ha reformado, ha hecho de él otro hombre. Recuerda lo que era antes de conocerla y lo que ahora es, sólo porque ella ha tenido fe en él, porque le juzgó en el fondo, más perfecto y mejor de lo que era en realidad. Ahora lo ve claro. Lo que ella vio en él es el hombre que ha querido ser. Y puede decirle: «Mi corazón es lo que tú has querido que fuera. Este hombre es el resultado de tu obra». En cierto modo somos siempre lo que la mujer que amamos quiere que seamos. La misión de la mujer es la de volver a crear al hombre. Alcanzar la verdad a través del amor es el más bello y hermoso destino que puede darse en este mundo. «Tú has escogido el mejor camino...». Michel recuerda las últimas palabras de su padre, la tristeza de su despedida. Y está convencido de que el anciano tenía razón. Sí, él ha escogido el mejor camino. Palabras pocas veces pronunciadas y, sin embargo, verdaderas. Amar y hacer don de uno mismo son las palabras clave de nuestra vida. Esto es inexplicable, por lo que hay que acudir a Dios. «Que uno se avenga a perder, y que perdiendo salga ganando, es lo único que podría hacerme creer...». Sí, Doutreval tenía razón. Ahuyentado por el hombre de la tierra y del cielo, Dios encuentra su inviolable refugio en el propio corazón del hombre: «Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor proviene de Dios. Aquel que ama es hijo de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor». ¡Esto es lo que San Juan quería decir! He aquí en todo su esplendor y su incommensurable amplitud el mensaje del Apóstol al corazón sencillo, que antaño predicaba Mariette a Michel, cuando niño, con una emoción de la que él no se daba cuenta. Aquél que ama vive en gracia de Dios. Michel no creía en nada. También él, como Doutreval, negaba que la vida tuviera sentido y objeto. Y por haber amado a caso de su miseria a una víctima; por haberse compadecido de ella y aceptado compartir las lágrimas, la indigencia y la pobreza, detrás del triste, dolido y querido rostro del ser amado, otra imagen transparente. Detrás de Evelyne, detrás del amor generoso de la doliente criatura, está el amor divino. Sólo hay dos amores. El amor a sí mismo, o el amor a las demás criaturas vivientes. Detrás del amor a sí mismo no hay más que sufrimientos y maldad. Detrás del amor al prójimo está el bien, está Dios. Cada vez que el hombre ama algo que no está sujeto a él es, conscientemente o no, un acto de fe en dios. Solo existen dos

amores: el amor a sí mismo, o el amor a Dios. FIN. (*kansas state university stat 703*).

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M**  
**Van Der Meersch Libro**  
**Segundo Tercera Parte Cap**  
**Tulos 4 Al 7**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**